

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

*Aproximación Histórica de los Cambios de la
Seguridad y Consumo Alimentario entre los
Pueblos Quichuas de la Sierra Ecuatoriana*

Otavalos y Cayambis en la
Cuenca del Lago San Pablo, Provincia de Imbabura

TESIS MAESTRIA EN ESTUDIOS ECUATORIANOS

Por: Dolores López Paredes

Quito, noviembre 06 del 2002

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

*Aproximación Histórica de los Cambios de la
Seguridad y Consumo Alimentario entre los
Pueblos Quichuas de la Sierra Ecuatoriana*

Otavalos y Cayambis en la
Cuenca del Lago San Pablo, Provincia de Imbabura

Incluye las recomendaciones realizadas por
los lectores de tesis:
Dr. Carlos Arcos,
Dr. Luciano Martínez

TESIS MAESTRIA EN ESTUDIOS ECUATORIANOS

Por: Dolores López Paredes

Director de Tesis: Dr. Fernando García

Quito, noviembre 06 del 2002

Para:

Luis Fernando, José Ricardo y Gabby

*Un pequeño impulso
para que su vuelo sea más alto
y sus raíces más profundas*

INDICE DE CONTENIDOS

I.	Revisión conceptual: consumo y sistema alimentario	11
1.1	Alimentos: sociedad y medio ambiente.....	11
1.2	Sistema y seguridad alimentaria	13
1.3	Alimentos y cultura.....	17
II.	Estrategias internacionales de modernización agrícola	21
2.1	Modernización agrícola durante los 60.....	21
2.2	La globalización: internacionalización de los procesos productivos en la década de los 90	23
III.	Desarrollo histórico de la Seguridad Alimentaria en el Ecuador.....	27
3.1	Transformaciones productivo-alimentarias en la colonia.....	27
3.2	La seguridad alimentaria entre 1960-1980.....	31
3.3	Ecuador en la globalización de los 90.....	42
IV.	La seguridad y consumo alimentario en la Cuenca del lago San Pablo	49
4.1	Caracterización geográfica y ambiental	49
4.2	Caracterización histórico-productiva.....	49
1.1.1	Caracterización de la producción prehispánica.....	49
1.1.2	Caracterización de la producción a la mitad del siglo XX	52
1.1.3	Caracterización actual de la cuenca del Lago San Pablo.....	57
4.3	La situación nutricional alimentaria actual en la Cuenca del Lago San Pablo	62
1.1.4	Características del consumo alimentario.	63
1.1.5	La situación nutricional de los niños menores de 5 años.....	69
V.	Conclusiones y recomendaciones.....	72
VI.	Bibliografía	77

INDICE DE TABLAS, GRAFICOS Y ANEXOS

Tabla 1. Latin American and the Caribbean selected economic and social data.....	53
Gráfico 1. Contribución al PIB de Agricultura y Agroindustria 1972 1995.....	35
Tabla 2. Acceso a la canasta familiar 1980-2000.....	40
Gráfico 2. Índice de precios al consumidor de alimentos 1987- 1999.....	40
Gráfico 3. Gasto en alimentación dentro del consumo final de hogares 1992-1995	41
Tabla 3. Jerarquización de las comunidades por desarrollo en la vivienda	62
Tabla 4. Índice porcentual de consumo de parroquias por grupos de alimentos:.....	65
Tabla 5. Alimentos que se compran por parroquia y por familia.....	67
Tabla 6. Consumo general de alimentos según etnias.	68
Gráficos 4 y 5. Promedio de talla según sexo por grupos de edad.....	71
Anexo. Instrumentos de recolección de información en San Pablo.....	101

SÍNTESIS

En el Ecuador han tenido lugar cambios fundamentales asociados a los procesos de globalización y modernización que, en diferentes períodos históricos, han llevado a una progresiva pérdida de la seguridad alimentaria a numerosos grupos indígenas y campesinos. El presente trabajo realiza una revisión histórico de los cambios en la seguridad alimentaria indígena comunitaria, tomando en consideración tres grandes momentos de la historia ecuatoriana asociados a los principales períodos de expansión de un proceso de globalización que se iniciara hace más de 500 años.

El primer momento tuvo lugar con la conquista Española que modifica las prácticas productivas prehispánicas, dando lugar al establecimiento de las haciendas tradicionales, que tuvieron vigencia hasta la mitad del Siglo XX. Un segundo momento corresponde al período posterior a la Segunda Guerra mundial, enmarcado en las políticas del “desarrollo” y la modernización agrícola, implementación de la reforma agraria, durante las décadas de los 60 y de los 70. Un tercer momento está asociado a los procesos de globalización en las últimas dos décadas, con una inserción mayor a los mercados internacionales y a los medios masivos de comunicación, que han creado nuevos imaginarios transnacionales, modificando las formas de organización social.

Complementariamente a la revisión histórico documental, se incluye los resultados de una encuesta de opinión sobre consumo alimentario en poblaciones indígenas Otavalos y Cayambis, en la cuenca del Lago San Pablo, provincia de Imbabura.

INTRODUCCIÓN

En los momentos actuales existe la preocupación sobre los posibles impactos de los procesos de globalización sobre las condiciones de vida de las poblaciones de los Países del Tercer Mundo, y dentro de ellas, la seguridad alimentaria. Dada la relevancia de este tema, el presente trabajo tiene como objetivo realizar una revisión histórica documental de los cambios que han tenido lugar en la seguridad alimentaria en el Ecuador, dentro de los procesos de mundialización / globalización, que se iniciaron en la Conquista de América y continúan hasta los momentos actuales, los mismos que han redimensionado el espacio, el tiempo, las fronteras y la forma de vida de la gente.

En primer lugar, la conquista española marca un cambio fundamental en la producción de alimentos, transformando el sistema de control vertical de pisos ecológicos que caracterizaban a la población aborigen, por una producción horizontal asentada exclusivamente en un piso ecológico característico de la hacienda tradicional que mantuvo su vigencia hasta mediados del siglo XX.

Un segundo momento importante tuvo lugar luego de la II Guerra Mundial cuando se produjo un nuevo cambio importante en la producción agrícola ecuatoriana hacia una modernización capitalista que transformó la hacienda tradicional en verdaderas empresas agrícolas, apoyadas en el desarrollo tecnológico, denominado la revolución verde.

Finalmente, los procesos de globalización que se han agudizado en la última década, incorporando a los medios de comunicación masiva a nivel mundial, han creado nuevos imaginarios transculturales, han contribuido a modificar negativamente los patrones de consumo alimentario.

Esta situación se presenta asociada, en la mayoría de los países del mundo, a la modernización capitalista, que progresivamente se ha expandido en los últimos siglos, y especialmente a partir de la segunda parte del siglo XX. Así, pues mientras el desarrollo tecnológico ha alcanzado niveles muy altos, lo cual ha redundado en mejoramiento de los rendimientos productivos, por otro lado el hambre y la desnutrición continúan siendo problemas fundamentales de la sociedad humana. En los momentos actuales se estiman que unos 800 millones de personas se encuentran crónicamente desnutridas y constituyen el 20% de la población mundial (Windfuhr 1996: 5-7). Como otra manifestación crítica se señala que más de 15 millones de personas mueren de hambre cada año, y más de 500 millones están seriamente desnutridas. Esta situación se ha debido principalmente a que los determinantes de la organización social y política han mantenido y aún agudizado las desigualdades al interior de los países, así como a nivel internacional.

El pensador inglés Henry Sigerist luego de la segunda guerra mundial escribía: "Es un comentario triste de nuestra civilización que después de 5000 años no hemos aprendido a suplir a los seres humanos con la alimentación que su organismo requiere. Tenemos el conocimiento científico necesario para tales propósitos. Conocemos como ha incrementado la fertilidad del suelo y como mejorar las cosechas en cantidad y calidad. Pero cuando se trata de la distribución de los alimentos descartamos a la ciencia y dejamos que la cosas sigan su curso: o creemos que hemos hecho nuestra parte cuando distribuimos una pequeña cantidad de alimento como una medida de alivio" (Sigerist 1943: 13).

El comentario de Sigerist adquiere mayor vigencia en los momentos actuales, cuando según información de la FAO, la cantidad de alimento que está disponible por persona en la actualidad es 15 veces mayor que hace 30 años. Así la oferta diaria de calorías en el mundo se ha incrementado de 2300 en 1970 hasta alcanzar promedios de 2700 calorías en 1996. Este crecimiento es desigual, ya que en los países desarrollados se ha incrementado de 2900 a 3300, mientras que en los países en vías de desarrollo este incremento ha sido de 2100 a 2600 calorías diarias per cápita, en el mismo período de tiempo (PNUD 1999: 214). De allí que sea un contrasentido que en la modernidad, a pesar de que la cantidad de comida existente en el mundo puede satisfacer las necesidades de toda la población, siga existiendo gente desnutrida y hambrienta, como claramente se evidencia cuando el 31% de los niños menores de 5 años de los países en vías de desarrollo tienen peso insuficiente para su edad (PNUD 1999: 148). Esta situación demanda cambiar las condiciones sociales y el acceso a la distribución de los alimentos por parte de la mayoría de la población en todo el mundo. Lo cual significa que es importante una mejor comprensión de las causas de la pobreza que limitan la capacidad de los individuos de adquirir comida con los ingresos exiguos que disponen (Mead 1997: 19). Un análisis crítico muy importante lo hizo Amartya Sen, al considerar que la razón de las hambrunas en el mundo tenían otros determinantes y no únicamente la falta de producción de alimentos. Reconocía la existencia de otros factores políticos, económicos y culturales en la determinación de los problemas alimentario nutricionales del mundo (Sen 1983: 1123).

De todo lo anterior se puede colegir que el problema nutricional mundial no depende del potencial ni de las posibilidades productivas, sino que refleja el carácter concentrador y escasamente distributivo de los grandes modelos de desarrollo implementados en el mundo. La concepción modernizante y desarrollista dominante en el mundo globalizado actual ha priorizado los procesos de acumulación económica, en tanto que el medio ambiente y la fuerza de trabajo han sido considerados como meros objetos e instrumentos de producción, descuidando considerar al ser humano como sujeto y meta de dichos procesos de desarrollo, y a la naturaleza como el soporte de la vida, en los diversos ecosistemas. De allí la recomendación de Sen de que el desarrollo debe ser considerado como una expansión de las

capacidades de la gente, que son "un reflejo de la libertad, incluyendo, entre otras, la libertad de conseguir la felicidad. Es una cuestión del dominio que la gente tiene sobre sus propias vidas, para sustituir como dijo Marx, el dominio de las circunstancias y el azar sobre los individuos por el dominio de los individuos sobre el azar y las circunstancias" (Sen 1985: 143), lo cual es generado por la real aplicación de los derechos, considerados como el "conjunto de grupos de bienes optativos a los que una persona tiene acceso en una sociedad cuando utiliza la totalidad de opciones y oportunidades que tiene frente a sí" (Sen 1983: 945).

Al finalizar el siglo XX, en el mundo se ha ampliado el proceso de globalización económica asentado sobre la libre circulación de comercio, inversión y tecnología, de bienes y servicios, en un espacio supranacional, creando un mercado sin fronteras. Sin embargo este proceso ha incrementado las desigualdades, robusteciendo por un lado a las elites nacionales e internacionales, a las instituciones financieras, mientras que, por otro lado, ha agravado y expandido el problema de la pobreza a la mayoría de la población mundial (Acosta 1997: 26).

El modelo de desarrollo, que se ha ido ampliando en las últimas dos décadas a nivel mundial, ha determinado la existencia de mercados abiertos para las materias primas, recursos energéticos y fuerzas de trabajo, obligando a una competencia desigual de los países en vías de desarrollo, quienes para favorecer a los procesos de inversión internacional, ofrecían los recursos y la fuerza de trabajo a precios reducidos: cada uno asegura mejores mecanismos de repatriación de utilidades y crea mayores incentivos para la inversión de capital internacional. Al decir de McMichael el mundo se ha visto como un conjunto de bienes raíces que deben ser poseídos y desarrollados, sin considerar que el libre mercado económico está destruyendo las culturas tradicionales y su propia sabiduría ecológica madura (McMichael, 1993: 50).

Se ha explicado que el subdesarrollo es el resultado de un círculo vicioso de la pobreza, debido a la sobrepoblación y a un insuficiente desarrollo capitalista. Sen critica el resurgimiento maltusiano de estas aproximaciones por considerar que se centran únicamente en aspectos de producción alimentaria por unidad de población, y que los derechos a los alimentos se sumergen en el tosco cuadro de la oferta y la disponibilidad, cuando en realidad existe una multiplicidad de factores determinantes, como se señalara más arriba (Sen 1983: 1122).

Por lo tanto, el sistema capitalista no es visto como el causante de los problemas, sino que la solución viene de la expansión del mismo, eliminando algunos obstáculos, como la presencia del Estado por considerarlo como un enemigo del desarrollo. De acuerdo con esta lógica se deja que los mercados "decidan, reduciendo concomitantemente el papel controlador del Estado, bajo el supuesto de que la

libre competencia posibilita una selección natural y social como parte de un proceso de "evolución social" (Gonzales-Eiras, 1992). Sin embargo, es importante recordar la crítica de Sen, de que el incremento de mercado, en una situación de sequía, tuvo un papel negativo en la hambruna de Etiopía de 1974, al determinar incrementos de los precios de cereales por su mayor demanda, y la depreciación de los productos animales, afectando negativamente a los pastores. Por lo tanto en el caso de hambrunas no se puede únicamente considerar la disponibilidad de alimentos, o la producción de éstos como su principal causa, sino también el sistema de derechos que definen el control y dominio por los diferentes grupos poblacionales de una cantidad suficiente de alimentos (Sen 1983: 1119).

Esta lógica modernizadora, apoyada en la tecnología y que prioriza la esfera económica, ha empujado la estructura productiva hasta los mismos límites de las relaciones sociales, hasta alcanzar los extremos de explotación y miseria existentes en los momentos actuales. Por otro lado se han ido destruyendo los recursos naturales potenciales determinado una grave crisis medioambiental (Harvey 1974: 266)

Se podría concluir, por lo tanto, que el problema de escasez de recursos no es inherente a la naturaleza, sino que es generado por la propia actividad humana organizada para posibilitar los procesos de acumulación de capital, bajo la visión occidental que fue determinando nuevas formas culturales y tecnológicas de valorar la naturaleza (Harvey 1974: 272-273). De ahí que deban considerarse los problemas sociales medioambientales no como problemas teóricos o tecnológicos puros sino principalmente como problemas económicos, políticos y culturales en los que entran en juego los grandes intereses de la sociedad actual.

Desde esta perspectiva para comprender el hambre y la desnutrición tenemos que trascender las causas inmediatas de una adecuada ingesta dietética, a fin de profundizar las causas que subyacen a la inseguridad alimentaria, deficiencia de servicios, inadecuada atención a los más vulnerables, que resultan de las inequidades generadas por el modelo de desarrollo. Las causas de la desnutrición deben ser identificadas en los determinantes económicos y sociales, modificados por factores ambientales, de comportamiento y de cultura (Frankenberg s/f: 2)

Dentro de este contexto, el presente trabajo busca comprender la problemática alimentario nutricional, profundizando en un estudio documental, que se complementa con información directa de 37 comunidades existentes en la Cuenca del Lago San Pablo, Cantón Otavalo, Provincia de Imbabura, obtenida mediante encuestas de opinión, realizadas en 1998, y que rescata algunas dimensiones locales de sobrevivencia comunitarias.

Este trabajo se encuentra organizado en 4 secciones:

1. Una revisión conceptual del consumo y sistema alimentarios, en su relación estrecha con la sociedad, el medioambiente, la economía y la cultura, desde la perspectiva internacional, nacional y local.
2. Una aproximación histórica a las principales estrategias internacionales de modernización agrícola, dentro de los procesos de expansión capitalista.
3. Una revisión histórica de la seguridad alimentaria en el Ecuador, identificando los cambios importantes ocurridos en momentos históricos fundamentales:
 - Las transformaciones productivas agrícolas ocurridas durante la conquista y la colonia que dieron lugar a la organización de las haciendas tradicionales que tuvieron vigencia hasta la mitad del siglo XX.

La modernización agrícola que transformó la relaciones pre-capitalistas de la hacienda tradicional en relaciones salariales capitalistas de las nuevas empresas agrícolas, ocurridas luego de la II Guerra Mundial, y principalmente en la década de los 60, con la aplicación de la reforma agraria y la revolución verde en el Ecuador, y finalmente

Los cambios asociados a la globalización, que están ocurriendo en el Ecuador en las últimas dos décadas, en base a una inserción mayor a los mercados internacionales, así como a través de los medios masivos de comunicación creando nuevos imaginarios transnacionales, que han modificado las formas de concebir y organizar las sociedades, comunidades y familias.

4. En la cuarta sección se busca comprender las características del consumo alimentario de las poblaciones en la cuenca del Lago San Pablo considerando las características étnicas, dentro del contexto económico y cultural a nivel local. En esta sección se reseñan los principales hallazgos de patrones de consumo alimentario nutricional desarrollados en la cuenca del Lago San Pablo en 1998 (Ver Anexo 1).
5. En la última sección se presentan un conjunto de conclusiones y recomendaciones como una contribución a los procesos de discusión que orienten el establecimiento de políticas de seguridad alimentaria y de desarrollo alternativo productivo que beneficien a la mayoría de la población ecuatoriana.

I. Revisión conceptual: consumo y sistema alimentario

1.1 Alimentos: sociedad y medio ambiente

A lo largo de la historia ha tenido lugar una progresiva tecnificación y complejización de la estructura social al mismo tiempo que los mecanismos para obtener los elementos necesarios para satisfacer las necesidades de la población. La división técnica y social dentro de los procesos productivos y el desarrollo de las fuerzas productivas determinaron nuevas formas de relación del ser humano con la naturaleza, en las que se ha dado prioridad al desarrollo científico y tecnológico y el establecimiento de nuevas relaciones sociales. Estos cambios determinaron nuevas relaciones con la naturaleza, frecuentemente explotativas, basados en el pensamiento occidental, asociado a la modernidad, que consideró a la naturaleza como objeto de explotación.

El hombre se ha convertido así en el amo de una naturaleza desencantada, la misma que ha sido dominada por el poder ilimitado del saber, que apoyado en la técnica y el método, busca la explotación del trabajo y el dominio integral de la naturaleza y de los hombres (Marcuse 1987: 16). Ahora la dominación se perpetúa no solo por medio de la tecnología, sino como tecnología misma, legitimando al mismo tiempo el poder político expansivo que abarca todos los ámbitos de la cultura (Habermas 1989: 58).

La superioridad del hombre reside en el saber, de allí que al conocimiento se lo ha convertido en un instrumento del poder del hombre sobre el hombre y del hombre sobre la naturaleza, alcanzando niveles totalitarios (Horkheimer y Adorno 1971:15). Si bien el poder de dominación sobre la naturaleza puede ser aumentado o debilitado por la tecnología, aquel ha resultado en un proceso de destrucción de la naturaleza en aras de la productividad (Marcuse 1987: 14). Desde la lógica que ha privilegiado la acumulación de capital, la naturaleza ha sido considerada como una fuente inagotable de recursos, que convertidos en mercancías, han sido explotados a fin de transferir sus riquezas a sectores empresariales privados (Escobar 1993: 101-103). Esto podemos apreciar claramente en los problemas de alimentación, agua, contaminación ambiental, disponibilidades energéticas, potencial destructivo atómico, que van alcanzando niveles desproporcionados, que ponen en evidencia una verdadera crisis de la civilización actual (Gadamer 1968: 87).

La nueva división del trabajo, asociada a la modernidad, ha influenciado en los países del Tercer Mundo, penetrando en la organización productiva y en las relaciones sociales (Escobar 1993: 101). Las comunidades remotas han sido sacadas de su contexto local y redefinidas como recursos a ser

administrados por la nueva economía mundial integrada, en la que se las ha asignado la función de exportadores de materias primas baratas, y han sido dejadas de sus formas sustentables tradicionales de producción agrícola, tanto desde el punto de vista medio ambiental como cultural. Se conformaron nuevas formas productivas locales más especializadas y económicamente dependientes de la gran economía internacional (Redclif 1987:12).

Este proceso modernizador a distancia ha provocado crisis ambientales que han afectado los bosques, el agua, el aire, el suelo, etc. y crisis sociales, con un incremento de la pobreza. Mas estos problemas locales han sido ignorados para ser remplazados por conceptos cada vez más abstractos y distantes como son el efecto invernadero, la destrucción de la capa de ozono, las grandes contaminaciones atmosféricas y los océanos, los cuales han buscado ocultar ideológicamente la responsabilidad de estos procesos globalizadores como causantes de la destrucción de la base de la vida, de distintas especies y de muchas comunidades humanas (Shiva 1993: 150-151).

En varias conferencias internacionales se ha argumentado que las consecuencias medioambientales eran el resultado de la pobreza e ignorancia, de la escasa incorporación de la tecnológica y del capitalismo. Así, la Conferencia de Río de Janeiro, en 1992, afirmó que el ambientalismo era el estado más alto del desarrollismo, ratificando las ideas del progreso, la integración a los mercados y el incremento del consumo como posibles soluciones a la problemática social y ambiental, cuando todos estos elementos se encuentran en las raíces mismas de los problemas (Sachs 1993: 3).

En aquella reunión se recomendó como la solución un mayor desarrollo desde la cosmovisión occidental, posición que terminaba suscribiendo al Norte como el ejemplo del desarrollo, en circunstancia en que los países desarrollados no mostraban ninguna intención por limitar su ambición por concentrar la riqueza, su excesivo consumo y las grandes contaminaciones que el desarrollo industrial había producido a escala mundial. Se volvía a la falacia de que el crecimiento y el desarrollo constituían la solución contra la pobreza y los problemas ambientales (Sachs 1993: 8) y se suscribía el hecho de que las tecnologías constituían la solución a los problemas que ellas mismas habían creado. Se señaló que el camino que debían seguir los países en desarrollo era la imitación de los países del norte en base a la incorporación de nueva tecnología; por el contrario no se consideró los cambios fundamentales hacia aquellos procesos que favorecieran procesos de mayor igualdad entre los distintos grupos humanos en base a otros valores, como solidaridad y reciprocidad colectivas, y un respeto por la naturaleza. De allí que la afirmación que preconizaba "límites del crecimiento" no llamaban al abandono de la competencia destructora sino únicamente al cambio de la técnica en la carrera, que según Sen reflejan el pesimismo maltusiano que encuentra a la alimentación como un problema mundial, que se basa en una posible desaparición de la existencia material (Sen 1983: 1121).

Se debe recordar que el ambiente natural y social constituye la base de la reproducción de los distintos grupos sociales, dentro de los cuales el aspecto de consumo alimentario cumple un papel fundamental. En consecuencia el estado de nutrición colectiva pasa a ser una manifestación de las interacciones entre complejos sistemas naturales y sociales, en donde se expresan los distintos aspectos de riesgo, tanto ambientales como biológicos y sociales, a los que se encuentran expuestos diferencialmente los distintos grupos poblacionales (Finkelman 1990: 581-590). De allí se colige que la situación de salud y nutrición colectivas reflejan las grandes contradicciones de los procesos de producción y consumo determinados social e históricamente. Por lo tanto debe considerarse que en los procesos de crecimiento y desarrollo, así como el estado nutricional de la población están determinados por la satisfacción o insatisfacción de las necesidades básicas que varían diferencialmente para los distintos grupos poblacionales (Suárez y López 1997: 86).

Numerosos factores culturales y de la cosmovisión local, igualmente intervienen en la definición de la seguridad y la satisfacción alimentaria. Es necesario reconocer que dichos factores culturales se encuentran mediatizados y modificados por las culturas dominantes que, a nivel nacional y mundial y a través de los medios de comunicación, han permeado a las culturas locales (Sánchez Parga 1997: 33).

Desde una perspectiva colectiva, el incremento de las desigualdades económicas sociales y la reducción de la cohesión social existente en los distintos grupos poblacionales constituyen factores fundamentales en la determinación de la situación nutricional y de salud de la población. Lamentablemente la modernización capitalista ha agravado las desigualdades demográficas, económicas sociales, culturales, productivas de servicios, y ha ido progresivamente debilitando la cohesión comunitaria, cuya repercusión en la situación nutricional son de carácter negativo.

1.2 Sistema y seguridad alimentaria

Lo anterior nos obliga a considerar que los sistemas alimentarios de los países, así como de las comunidades locales, están determinados por la forma como se producen los procesos de "modernización" e integración a los procesos productivos y de comercialización a nivel nacional e internacional.

Para comprender la problemática nutricional a nivel comunitario, así como a nivel de los países, es importante identificar las características del consumo alimentario y los cambios que han tenido en el tiempo.

Estudios internacionales han reconocido que el incremento de los ingresos han condicionado cambios en las dietas comunitarias y nacionales, en donde se observan algunas modificaciones, por un lado los

carbohidratos complejos (cereales, frutas) tienden a ser remplazados por azúcares, mientras el porcentaje de calorías provenientes de los lípidos (grasas animales y vegetales) se incrementa, las proteínas (carnes y leche) tienden a mantenerse o a incrementarse lentamente en la nueva dieta. Desde la perspectiva de los efectos de la urbanización sobre el patrón de consumo alimentario puede observarse que existe un descenso de la ingesta de carbohidratos, proteínas vegetales, hierros y otras vitaminas cuando los productos básicos tradicionales son remplazados por alimentos más refinados (frecuentemente industrializados); se observa una mayor regularidad de la ingesta, superando las variaciones estacionales del ciclo agrícola rural (Schejtman 1994: 51-55).

La población rural tiene un consumo energético más alto pero más monótono que la población urbana, y sobre todo está sujeto a variaciones estacionales, a las restricciones ecológicas locales. Lógicamente que a nivel rural otros factores contribuyen a limitar aspectos de consumo, como podría ser los sistemas de comercialización, conservación y cocción que son significativamente más limitados en las zonas rurales. La base de la alimentación rural depende principalmente de aquellos alimentos producidos localmente. De manera semejante los niveles de educación y conocimiento, los sistemas de precios, las alternativas de abastecimiento influyen en el acceso y consumo de los alimentos, y todos ellos son más limitados a nivel de la zona rural (Schejtman 1994: 55-56).

El conjunto de factores que contribuyen al consumo alimentario constituyen lo que se denomina el sistema alimentario en donde se conjuga las relaciones sociales, técnicas y económicas entre los agentes sociales que participan en los procesos que van desde la producción primaria al acopio, a la transformación agroindustrial, a los procesos de distribución y comercialización y finalmente al consumo.

Es importante identificar las relaciones que se establecen entre los agentes que participan en las diversas actividades que conforman el sistema alimentario. De allí que resulta fundamental comprender, en los niveles local, nacional y regional las características constitutivas del mismo (Schejtman s/f: 20). Desde una perspectiva teórica ideal, el sistema alimentario debería disponer de los mecanismos que neutralicen las fluctuaciones cíclicas en la producción y en los precios, especialmente de aquellos productos que constituyen la base de la dieta de los sectores de menores ingresos. En ésta forma el sistema podría reducir al mínimo la vulnerabilidad de la oferta interna y garantizar la disponibilidad de alimentos.

Esta visión amplia del sistema alimentario ha llevado al desarrollo del concepto de seguridad alimentaria, por la octava reunión del Comité de Seguridad Alimentaria Mundial, como la posibilidad

material y económica de asegurar la producción de alimentos en cantidades suficientes, conseguir la máxima estabilidad de los suministros y garantizar su acceso a los más necesitados (Schejtman s/f: 48).

Los requisitos nutricionales mínimos han sido considerados desde una perspectiva biológica (calorías, carbohidratos, proteínas, etc), los mismos que han sido cubiertos por la producción a nivel mundial. Lamentablemente en la mayoría de los países del Tercer Mundo se ha apreciado un descenso de los ingresos y de la producción agrícola per capita, y un aumento de la importación de alimentos, lo cual implica una reducción de la autosuficiencia, y un estancamiento o disminución del suministro de alimentos por habitante (FAO 1996: 16-18).

Concomitantemente con los factores anteriores, el grado de exposición y receptividad de las poblaciones locales a la "desinformación", o sea a los efectos que distintas formas de propaganda pueden tener sobre los patrones de consumo alimentario pueden inducir a reemplazar productos de alto valor nutritivo y de bajo costo por otros de características opuestas. Los procesos de mercantilización y propaganda parecen tener un mayor efecto sobre aquella población con menores niveles educacionales (Schejtman 1994: 57), lo cual podría inclusive reducir la producción de alimentos autóctonos a favor de aquellos orientados a la agroindustria (Schejtman 1994: 59). Estos cambios han sido inducidos por nuevos modelos de consumo que toman como referencia los patrones de consumo de los países desarrollados, incluyendo los "alimentos chatarra" (Schejtman 1994: 63).

Sin embargo, la concepción de seguridad alimentaria manejada por la FAO se ha orientado principalmente alrededor de alimentos como cereales, maíz, arroz, trigo etc. mientras que ha descuidado la gran variedad de alimentos tradicionales y plantas utilizadas por las culturas tradicionales. Tampoco ha considerado los efectos ecológicos de la agricultura intensiva como la pérdida de la fertilidad y la salinización del suelo, con impactos severos en los sistemas alimentarios locales. Esta situación llevó, en la conferencia de Holanda de 1991, a introducir los principios de sustentabilidad, principio para el desarrollo agrario internacional, conceptos que fueran retomados y enfatizados por la Conferencia de Río de Janeiro de 1992 (Windfuhr 1996: 10).

Es importante resaltar el hecho de que la FAO considera que el hambre y la mala nutrición son únicamente causados por el mal manejo de los recursos naturales a tal punto que se presentan a los grupos de campesinos marginales como los causantes de los problemas. Esta visión ignora la desigual distribución de la tierra que en muchos países ha llevado a una marginación de la población: el suelo fértil es utilizado por las grandes plantaciones, en tanto que las familia campesinas han sido empujadas a terrenos de difícil cultivo, sujetos a erosión, y carentes de infraestructura básica. Amartya Sen señala que la visión de la FAO y de otros organismos internacionales descuida considerar las relaciones

sociales de cada uno de los individuos, y como estas se manifiestan en el acceso y consumo de los alimentos (Windfuhr 1996: 11).

Como consecuencia de aquellas críticas se ha propuesto un concepto de seguridad alimentaria que considere como el derecho de todo individuo a un acceso diario de alimentos en cantidad y calidad suficiente que garantice una vida activa, saludable y digna en base a principios básicos de solidaridad, descentralización financiera y política (Valente s/f), que corresponde a la definición de Sen de los derechos a la alimentación. Lo cual implica poner énfasis en la capacidad real de acceso a dichos alimentos, que debe ser considerado como un derecho humano fundamental. Esto obligaría a un cambio de las estructuras económicas desiguales que determinan inestabilidad en los precios de los productos, déficit de producción, mecanismos de intermediación especulativas, en donde el Estado garantice la distribución de los recursos, controle el mercado, fomente la producción tradicional dirigida al consumo interno (Documento IEE-RIAD, 1997).

Esta nueva visión de la seguridad alimentaria obliga a la superación del debate de producir más o distribuir mejor (Pisani y Guihéneuf, 1996). No bastan las posiciones "productivistas", que consideran que el problema fundamental radica en garantizar la producción y disponibilidad de alimentos para contrarrestar el crecimiento poblacional, pues ellas se traducen en políticas orientadas a incrementar la productividad de las explotaciones agrícolas y a la transferencia de tecnologías, como pregonan programas de desarrollo rural impulsados por el Estado, ONG's y por la propia FAO. Debe ampliarse a considerar los más importantes determinantes sociales y la superación de sus principales contradicciones como base de una nueva seguridad alimentaria, pues allí radican los principales problemas de distribución y acceso inequitativo de alimentos que predominan en la mayoría de países en vías de desarrollo.

Así mismo, durante los últimos años, el desarrollo de la biotecnología y la ingeniería genética han llevado a plantear el surgimiento de una nueva "revolución verde", que supuestamente garantizaría la producción y disponibilidad de alimentos a nivel mundial en el futuro (FAO, 1996). "Al margen de la discusión sobre los impactos sociales y ambientales que podría ocasionar la propagación de productos manipulados genéticamente, esta posición enfrenta otra vez el problema de considerar la seguridad alimentaria desde la única óptica de la producción y disponibilidad de alimentos" (Campana y Larrea, 1998: 4), dejando intocado el tema de su distribución y el acceso de vastos sectores poblacionales a los mismos.

Sobre la base de este cuestionamiento se enmarca la posición de quienes sostienen que para el caso del Ecuador o de los países de América Latina, el problema de la inseguridad alimentaria de amplios

sectores de la población está marcado fundamentalmente por las enormes desigualdades en el acceso a los recursos y en la distribución de la riqueza. Desde esta perspectiva, "el acceso real a los alimentos pasa por la posesión efectiva de empleo, la capacidad adquisitiva de los salarios y la distribución de los ingresos" (Campana y Larrea 1998: 5). Esta posición pone en cuestionamiento al propio modelo de desarrollo que produce la pobreza y la exclusión sistemática de muchos sectores de los "beneficios" del desarrollo económico.

1.3 Alimentos y cultura

Los procesos de modernización y globalización han tenido un papel importante en la modificación de las culturas locales, y dentro de ellas la importancia relativa de los alimentos. De allí que sea necesario reconocer que la cultura debe ser explicada como un proceso, como un universo de prácticas, valores, conceptos, creencias que no tienen el mismo significado para todos. La cultura no es un molde dentro del cual se definen en forma homogénea las personas o los grupos, sino es un proceso cambiante, determinado por las negociaciones y acuerdos a los que los diferentes actores llegan en la sociedad (Clifford 1997: 37).

En la conformación de la cultura se incorporan un conjunto de discursos y actos en donde se construye la significación de las estructuras sociales, que deben ser consideradas como procesos simbólicos que reproducen y transforman las sociedades. Por lo tanto la cultura constituye un espacio clave en la formación de las naciones modernas, dentro de los procesos de globalización e integración internacional de mercados (García Canclini 1997: 16).

Los procesos históricos que determinan las interrelaciones culturales, a niveles regional, nacional y transnacional deben ser comprendidos a profundidad, pues esto nos permite identificar la cultura translocal, influenciada por los contactos con el exterior y el comercio con otros lugares y no solamente por la dinámica local (Clifford 1997: 23). Es importante recordar, como señala Sen, que "la cultura... es un proceso dinámico y constructivo, con actividades de emulación e imitación...", en el cual "... los valores forman y transforman el cambio, y a su vez interactúan con otros valores y culturas" (Sen 2001: 1)

En estos procesos de globalización económica también tienen lugar procesos de globalización cultural, que van teniendo influencias importantes en la cultura local, dando paso a nuevas formas culturales e identidades, antes que al establecimiento de una cultura homogénea, lo cual influye también en los patrones alimentarios de las distintas poblaciones.

La globalización toma forma localmente de varias maneras, superando las agendas académicas que plantean fronteras fijas para la cultura, economía y política (Pillai 1998). Uno de los mecanismos tiene lugar a través de la migración que determina que los migrantes ya no están ubicados en un territorio ni son espacialmente determinados ni culturalmente homogéneos (Appadurai 1994: 38). Esta situación determina una desterritorialización, que a nivel económico se define como glocalización y que también se aplica a nivel cultural, de grupos étnicos, movimientos sectarios y formaciones políticas. Según Appadurai, este espacio de interacción cultural fue posible por el apareamiento de mercaderes y exploradores, y concomitantemente con el desarrollo de la capacidad masiva de poder leer y escribir, lo que favoreció la comunicación entre diferentes grupos humanos, dando lugar a la construcción de etnicidades. El desarrollo tecnológico, medios de transporte e información han posibilitado un contacto mayor y más rápido entre los diferentes grupos, sin un sentido espacial que crea una paradoja entre los individuos concretos y las fantasías virtuales desenraizadas (Appadurai 1994: 27-29).

En los momentos actuales, el desarrollo tecnológico (microtecnología, tecnologías de la información y comunicación, transportes de alta velocidad) ha potenciado las interacciones culturales a través de la organización de redes de comunicación transnacionales que nos han atrapado como sujetos individuales, modificando en forma cada vez más acelerada las culturas locales (Castells 1997: 446). Esta recreación constante de las culturas locales es extremadamente angustiada, y muy peligrosa para quién no tiene los recursos culturales o personales de aguantar este ritmo de negociación intercultural. Entonces la identidad, como un mundo cultural significativo, resulta un recurso fundamental, en donde las culturas más cohesionadas y organizadas tienen posibilidades de resistir mejor que aquellas menos cohesionadas y organizadas (Castells 1998).

La alimentación y nutrición no están determinadas únicamente por el entorno ambiental y la organización productiva sino fundamentalmente por las interrelaciones culturales, de las familias, comunidades y pueblos. Por lo tanto, la alimentación y nutrición, como prácticas culturales, resultan de los procesos de interacción y confrontación permanente entre grupos que definen las relaciones sociales y con la naturaleza, y consecuentemente definen las formas de vida.

De todo lo anterior se puede colegir que la cultura resulta de procesos de interacción y confrontación permanente, que van modelando grupos, etnias y formas de vida con alcances cada vez más amplios a nivel mundial. En esta dinámica cultural han tenido lugar procesos de interculturación, así como de resistencia a influencias externas. Tal es el caso de algunas comunidades rurales, que a pesar de las influencias capitalistas mantienen formas productivas locales diferentes. A niveles comunitarios y familiares se producen dinámicas y frecuentemente contradictorias entre las formas de producción doméstica, y aquellos procesos económicos de corte capitalista. Allí tienen lugar confrontaciones de

perspectivas tanto al interior como al exterior de las comunidades, las mismas que defienden sus costumbres frente a los embates externos, mientras que la cultura dominante las señalan como atrasadas y equivocadas. Mas contradictoriamente, los procesos de glocalización cultural al mismo tiempo están coadyuvando al apareamiento de nuevas culturas locales, dando paso a nuevas formas culturales, y dentro de ellas, a como se conforman los patrones de consumo alimentario.

Es importante reconocer que cocinar y alimentarse están estrechamente ligados a la cultura, lo que asegura la reproducción de un grupo social, tanto en un sentido biológico como en un sentido cultural. Si bien los alimentos pueden reflejar situaciones de riqueza, al mismo tiempo reflejan prácticas culturales que determinan a nivel familiar o comunitario el cultivo de alimentos o la adquisición de alimentos mercantilizados (Weismantel 1994: 11 y 12).

En la comida se reflejan tanto posiciones de clase como manifestaciones culturales étnicas, en donde los alimentos se convierten en símbolos que definen a las familias y comunidades (Weismantel 1994: 14 y 15). Sin embargo es importante reconocer, como ya se señaló anteriormente, que la simbología y el consumo cambian por las influencias internacionales, tanto a nivel cultural, como económico, como consecuencia de la mercantilización de los alimentos (Colloredo-Mansfield 1999: xiii).

Desde la perspectiva alimentaria nutricional los procesos interculturales producen cambios en la simbología alrededor de la cocina y de los alimentos, lo cual podría tener influencias graves y frecuentemente negativas en los patrones de consumo de las poblaciones locales, como podría ejemplificarse en los cambios de alimentación indígena de las papas y carnes de borrego hacia el arroz blanco, el pollo, el aceite y la coca cola (Weismantel 1994: 32-35). Por lo tanto, el problema central de las interacciones de la globalización debe ser visto como la tensión entre la aparente homogeneización cultural y las respuestas locales que se generan y que llevan mas bien a una heterogeneización de la cultura.

En la interacción cultural se da una construcción transnacional de paisajes imaginarios, una forma de negociación entre individuos y posibilidades definidas globalmente, que llevan a una tensión entre homogeneización y heterogeneización cultural (Appadurai 1994: 32). Como consecuencia de estos procesos, Appadurai considera que la forma de vida de la gente no puede ser concebida como un todo homogéneo, sin tomar en cuenta sus desplazamientos y sus relaciones externas, sino que debe superarse las visiones estáticas que llevan a confinamientos y aprisionamientos (Clifford 1997: 24).

Se puede concluir que la alimentación es una forma particular de actividad productiva en donde se reproducen elementos de la formación social, desde la perspectiva económica productiva y la reproducción de los medios materiales de subsistencia. (Weismantel 1994: 36). Bajo influencia de los

procesos de modernización se producen importantes rupturas de las tradiciones y organizaciones comunitarias locales derivadas de la integración a nuevos mercados y a nuevas tecnologías (Colloredo-Mansfield 1999: xii). Es desde esa perspectiva que debe comprenderse las modificaciones en el consumo y la producción que tienen lugar a nivel local (Weismantel 1994: 37)

El proceso de modernización va implicando una mezcla de lo moderno y lo tradicional en donde van yuxtaponiéndose tradiciones indígenas, católicas, coloniales, con las formas culturales de los países desarrollados actuales, lo cual conlleva a la organización de formaciones híbridas dentro de los distintos estratos sociales, comunidades, regiones y países. La comprensión de los cambios culturales relacionados a los alimentos va más allá de un simple estudio de la dieta de los diferentes hogares y comunidades, para incluir también las formas de utilizarlos y obtenerlos (Weismantel 1994: 133).

Por ejemplo, el cambio que tuvo lugar durante la colonia de un control vertical de distintos pisos ecológicos que aseguraba gran variedad de alimentos para la dieta de la población indígena hacia una producción horizontal de la hacienda tradicional redujo en cantidad y calidad la variedad de alimentos disponibles. Otro ejemplo de las últimas décadas constituye la introducción de productos agro-industrializados, como harina, aceites, mantecas, gaseosas, gelatinas, fideos, etc. con desplazamiento de los alimentos y dietas tradicionales.

En el Ecuador actual, los efectos de la globalización han afectado en los niveles locales, especialmente en la cultura en la que si bien los cambios son más lentos que a nivel económico, estos son profundos y duraderos y con un costo más alto, a mediano y largo plazo (Sánchez Parga 1997: 31-32). Sin embargo, contradictoriamente, los procesos de globalización económica, en lugar de reducir la diversidad, han agudizado las diferencias y han multiplicado las pluralidades culturales. Es más, lo que se ha cuestionado es la identificación histórica de la Nación como una comunidad cultural y lingüística, pues nunca se logró desarraigar completamente las tradiciones culturales locales y homogenizar la cultura (Sánchez Parga 1997: 118). Mas bien se observa un fortalecimiento de las instancias locales de poder, como una reacción al fenómeno de la globalización y del debilitamiento de los estados nacionales.

II. Estrategias internacionales de modernización agrícola

2.1 Modernización agrícola durante los 60.

Un nuevo período de modernización tiene lugar después de la segunda guerra mundial, cuando la guerra fría da origen a las "políticas de desarrollo", tendientes a legitimar un nuevo proceso de ampliar las esferas de influencia de las potencias mundiales. Las contradicciones sociales son abordadas por las "políticas de desarrollismo", que entre otras, buscaron modernizar los desequilibrios en las zonas rurales, e incrementar la producción agrícola como una forma de superar los problemas de la pobreza y el hambre.

Para comprender el papel de la agricultura dentro de los procesos de modernización mundial debemos reconocer que no es solo un sistema de producción alimenticio sino que es un sistema global, que abarca al ser humano, a su trabajo y a su medio ambiente (Movimiento Internacional 1990:39).

La modernización agrícola en el mundo en las últimas décadas ha estado directamente asociada a los procesos de incorporación tecnológica denominados de "revolución verde", por nuevas variedades de semillas híbridas, agroquímicos, sistema de riego, etc. Las nuevas investigaciones estuvieron orientadas principalmente a la producción de granos y cereales antes que a otros productos que son básicos para una buena alimentación (Latham: s/f: 89).

Si bien la revolución verde incrementó significativamente los volúmenes de producción de alimentos, estos beneficios no necesariamente significaron una mejor alimentación para la mayor parte de la población, sino con que tuvo impactos negativos en la economía campesina, aumentó la dependencia por importaciones de alimentos de los países del norte, afectando la seguridad alimentaria en los países de América Latina. Si bien la revolución verde favoreció principalmente a aquellos productores orientados a los mercados internacionales, no consideró como las fluctuaciones de precios determinados internacionalmente afectaban directamente los ingresos de divisas a los distintos países, pues a pesar del incremento de los volúmenes de exportación agrícola de los países latinoamericanos, los ingresos totales permanecían inalterados (Kay 1995: 62).

Los procesos de modernización agrícola, principalmente en los países desarrollados y en menor grado en los países en vías de desarrollo, se han orientado a una agricultura comercial, en la que los alimentos son concebidos como una forma de ganancia económica antes que como una forma de proporcionar

los requerimientos nutricionales de los seres humanos. Esta situación ha determinado una oposición entre los intereses comerciales y financieros y las necesidades básicas de la población. Desde esa perspectiva las políticas gubernamentales han apoyado y favorecido la prosperidad económica de pequeños grupos con gran influencia económica y política, a expensas del bienestar de la mayor parte de la población (Mead 1997: 15-17)

En esta forma, los alimentos han sido divorciados de su función primaria de alimentar a la gente para convertirlos en mercancías que han perdido su significado fundamental. A pesar de un incremento en la producción, la disponibilidad de alimentos para las poblaciones locales se han restringido, pues se ha dado prioridad a la producción de pocos cereales, legumbres y pocos productos estables, la mayoría orientados a la exportación. Por otro lado es importante reconocer que esta agricultura requiere de sustancias importadas que han llevado a endeudamientos y pérdida de autosuficiencia campesina, así como a un deterioro ecológico. Todo lo cual ha llevado a una pérdida de seguridad alimentaria familiar y comunitaria (Movimiento Internacional 1990: 45).

Este proceso de modernización agrario, apoyado en la revolución verde, ha contribuido a expulsar a la población campesina de las zonas rurales, incorporándola a los procesos migratorios, con la lógica expansión urbana, cuya demanda de alimentos era satisfecha por la producción de terrenos más distantes y de menor capacidad productiva, pues los mejores y más accesibles se orientaron a la agricultura de exportación.

Las políticas internacionales orientadas a la modernización de los sistemas agrícolas han impuesto métodos y tecnologías orientados a la maximización del rendimiento a corto plazo, sin considerar que con estos procesos se menospreciaban los derechos comunales y tradicionales hacia la tierra y a sus recursos básicos. Contradictoriamente estas políticas no fueron aplicadas en los países desarrollados.

Los países desarrollados, especialmente Estados Unidos, han estimulado procesos del desarrollo agrario apoyados en políticas proteccionistas, subsidios estatales que han ido en directo beneficio de las grandes empresas y corporaciones privadas (Goodman y Redclift 1991: 135-140 y Mead 1997: 16). Los incentivos proporcionados por los gobiernos a sus agricultores incluían garantía de precios, compras estatales de excedentes, aranceles flexibles, subsidios a la exportación y subvenciones directas a los agricultores, en tal magnitud que casi la mitad de los ingresos de los agricultores de los países desarrollados es proporcionada por dichos subsidios. Adicionalmente, los países desarrollados han establecido medidas proteccionistas frente a las exportaciones de los países del Tercer Mundo, estableciendo barreras que impiden a nuestros productos acceder al mercado norteamericano (Schejtman: s/f: 24). En esta forma, los países desarrollados han logrado establecer una seguridad

alimentaria en base a abastecimientos nacionales, al tiempo que han producido importantes excedentes que les ha permitido desarrollar actividades de "dumping", a fin de quebrar la producción internacional.

Por supuesto que todas estas políticas generan distorsiones en el mercado internacional creando condiciones de competencia internacional totalmente desfavorables para el resto de países. Inclusive llegan a afectar los mercados internos a través de la oferta de productos más baratos que compiten deslealmente con los productos nacionales, lo cual constituye una causa exógena de la pobreza e incrementa la inseguridad alimentaria de aquellos países. Adicionalmente se ha promovido las producciones de tipo comercial a expensas de la producción de alimentos destinados al consumo local (Movimiento Internacional 1990: 42).

Frente a esta situación, las posibilidades de incrementar la disponibilidad de alimentos en países del Tercer Mundo puede darse en base a la ampliación de la frontera agraria, en la medida en que algunas regiones del mundo disponen de tierras con potencial productivo importante, sobre todo en América Latina y el Caribe. Sin embargo muchas de estas reservas de tierra se encuentran cubiertas de bosques, lo cual constituye una consideración fundamental a tomar en cuenta, en razón de que los bosques constituyen la base de la conservación de los recursos naturales, del suelo, del agua y del hábitat para la diversidad vegetal y animal (FAO 1996: 26-29). Pueden incrementarse y recuperarse algunas tierras en base a sistemas de regadío. La producción agrícola podría aumentarse en raíces, tubérculos y algunas frutas a fin de cubrir las necesidades alimentarias futuras, sin embargo, desde la perspectiva del comercio internacional las tendencias se presentan desfavorables para la exportación de algunos productos tradicionales, como el azúcar y otros productos de exportación primaria.

2.2 La globalización: internacionalización de los procesos productivos en la década de los 90

Si bien la biotecnología y la ingeniería genética aparecen como la nueva revolución verde que garantizaría la producción y disponibilidad de alimentos a nivel mundial en el futuro (FAO 1996: 8-9), los potenciales impactos ambientales y sociales nos obligan a poner nuevamente en el tapete de la discusión el concepto de seguridad alimentaria, el mismo que ha sido visto únicamente como producción y disponibilidad de alimentos, sin considerar el tema de distribución y acceso de grandes grupos poblacionales a los mismos (Campana y Larrea, 1998: 4).

El uso de nuevas biotecnología es otro de los temas altamente preocupante, sobre todo en lo que se refiere a la ingeniería genética, orientada a la producción de nuevas formas de vida y a mejorar las existentes para incrementar la producción agrícola. No se han considerado profundamente los

impactos que pueden tener sobre el Tercer Mundo, que pasaría a depender de los recursos genéticos controlados por el Norte, lo cual contribuiría a arruinar aún más sus precarias economías (Movimiento Internacional 1990: 45).

Sin embargo, el énfasis en la tecnología, en el control de patentes basados en la ley de derechos de propiedad intelectual, constituyen el eje de las nuevas estrategias modernizadoras agrícolas, descuidando el conjunto de determinantes sociales que afectan directamente las condiciones de vida de la población, y que están estrechamente relacionados con la organización y estructura económica. Por lo tanto, desde la perspectiva de los países desarrollados que controlan la tecnología han basado la producción de alimentos en la tecnología, con lo que han puesto en desventaja a todas las poblaciones del Tercer Mundo.

Por otro lado los procesos de globalización se basan en modelos hegemónicos a nivel global que luego son internalizados por las élites en los diversos países. Esta situación puede entrar en conflicto con algunas cosmovisiones locales, lo cual obliga al desarrollo de nuevos discursos alternativos de legitimación. A partir de ellos se dan distintas opciones políticas que han producido grandes diferencias en lo que a costo-beneficio se refiere, lo cual ha generado mayores conflictividades dentro del proceso de ajuste estructural (Van Haldenwang 1997:41).

En este ámbito puede identificarse algunas contradicciones con los intereses tradicionales que exigen se mantenga el escenario en términos de liderazgo político, en tanto que las presiones hegemónicas internacionales buscan producir cambios importantes en aquellas estructuras de poder (Van Haldenwang 1997:42). Los gobiernos locales están siendo obligados a entrar en un ambiente competitivo y de constante cambio, y bajo presión deben responder a nuevas demandas derivadas del desempleo estructural, de la exclusión social creadas por el modelo de desarrollo, de la crisis fiscal y, por otro lado, por la gran presión reivindicatoria que han ido adquiriendo los movimientos sociales. Así podemos apreciar como la globalización ha ido reduciendo el concepto de soberanía del estado nacional, en tanto que ha ido incrementando las instancias de poder local. Esta situación determina nuevos desafíos como es el desarrollo de una democracia y una justicia social dentro del desarrollo económico local, regional y global (Kleinert 1997: 102-103).

Sobre todo a partir de los años noventa, los procesos de mundialización de la economía han complejizado las operaciones económicas, lo cual ha llevado a la necesidad de redefinir el papel del Estado. En consecuencia fueron procesos externos los que fueron determinando nuevas configuraciones del Estado, lo que implicaría replanteamientos de las relaciones entre los estados, así como el surgimiento de normas supranacionales que redefinían el concepto de soberanía (Cervantes

1997: 2-7). Así los conceptos de territorialidad y el Estado se resquebrajaron, y las fronteras en los campos económico, social, cultural y ambiental perdieron importancia relativa (Rosenau 1995:17-21).

El nuevo Estado aparece como disfuncional en un mundo sin fronteras, y cuya modernización, de acuerdo a las políticas internacionales, era el de convertirse en un facilitador de la globalización, ofreciendo siempre mejores condiciones de rentabilidad a los inversionistas, con precios más bajos por sus recursos naturales, y con salarios más reducidos para su fuerza de trabajo (Cheru 1997: 3). Así los Estados pasaron a desarrollar una competencia hacia abajo: salarios bajos, flexibilización laboral, ausencia de controles ambientales, a fin de atraer inversiones extranjeras.

En la última década los organismos internacionales multilaterales han impuesto procesos de liberalización de los mercados al tiempo que han reducido el papel del estado. Se insistía sobre la necesidad de una apertura de los mercados internos, en circunstancias en que por otro lado los países desarrollados mantenían políticas proteccionistas sobre todo en el campo agrícola. Estos dos procesos han ido agudizando un desarrollo desigual y desequilibrador (Salgado 1996: 20).

Los países ricos han promovido la apertura de las economías periféricas en función de sus intereses, a tal punto de ir conformando un oligopolio mundial, por lo que este proceso de globalización está muy lejos de ser homogéneo, balanceado, y equitativo, según French Davis, citado por Acosta (1997:40).

El proceso de globalización ha determinado la expansión de la economía, acompañada de una expansión cultural, lo que genera nuevas formas de poder e influencia, que consolidan el poder en los grupos dominantes (Colloredo-Mansfield 1999: 36), aceleran los procesos de proletarianización de las poblaciones campesinas, y reducen la productividad e innovación comunitaria (Goodman y Redcliff 1991: 141). Esta situación es considerada por los grupos dominantes mas bien como obstáculos a ser superados por la modernización (García Canclini 1997: 14).

Es importante reconocer como todos estos procesos de globalización, desarrollo capitalista y mercantilización de la producción agraria, han tenido efectos diferenciales en lo referente a la seguridad alimentaria comunitaria. Desde la perspectiva local, la posibilidad de seguridad alimentaria se ha reducido y vuelto más vulnerable, como consecuencia de los impactos ambientales que han acrecentado los procesos de erosión, sequía, y por los impactos económicos que han agravado la pobreza, el desempleo, y consecuentemente la inseguridad nutricional y alimentaria.

Estos procesos han erosionado las bases de producción local, a tal punto de degradar los recursos naturales que proporcionan los elementos necesarios para la subsistencia de los grupos locales (Frankenberg s/f: 3-5), reducir la capacidad comunitaria para amortiguar los embates económicos y

compensar la reducción los servicios que el Estado brindaba en el pasado. La desestructuración de la economía campesina ha determinado procesos de migración que han contribuido a desestructurar las familias y comunidades, y consecuentemente a reducir la posibilidad de la seguridad alimentaria, familiar y comunitaria (Frankenber s/f: 4-5).

La visualización de estadísticas internacionales permiten ver claramente algunas de las contradicciones señaladas. Según la Cumbre Mundial de Alimentación de 1996, a nivel mundial se ha producido un Incremento significativo de alimentos. El consumo de alimentos es mucho mayor en los países desarrollados que alcanza al 50% de consumo mundial a pesar de que constituyen menos del 25% de la población mundial. Esta situación contrasta con el hecho de que la mayoría de la población mundial, que debería aumentar la demanda de alimentos para satisfacer sus necesidades, no cuenta con los suficientes ingresos económicos (FAO 1996: 20)

El incremento de la producción de alimentos ha sido mucho más acelerado que el crecimiento demográfico, lo cual ha determinado que la cantidad de calorías promedio de 2500 por habitante para 1990 se incrementaran a 2800, según estimaciones para el año 2010 (FAO 1996: 7). Inclusive se estima que algunas regiones del cercano Oriente, África, Asia y América Latina logren producir más de 3000 calorías por habitante (FAO 1996: 20).

El incremento de la producción mundial tendrá lugar principalmente en la producción de cereales, sobre todo en los países en desarrollo. Estados Unidos, Canadá, Australia y Nueva Zelanda que se han convertido en los proveedores del 60% del mercado mundial de cereales. Mas este incremento productivo servirá para sostener a los sectores ganadero y de aves de corral, en rápido crecimiento. Además, esta producción está controlada por muy pocas empresas, no más allá de 5 o 6 que controlan el origen destino y flujo de lo que constituye el comercio alimentario mundial (Schejtman s/f: 24).

Los países del Tercer Mundo, al no poder competir con los países desarrollados, se convertirán en importadores netos de alimentos, por ejemplo, la importación de cereales se incrementará de 89 a 160 millones de toneladas entre 1990 y el año 2010 (FAO 1996: 23).

Las políticas de seguridad alimentaria en los países desarrollados han estado orientadas a asegurar ingresos económicos adecuados a los agricultores, en base a una estabilidad de precios, al abastecimiento de los insumos fundamentales, y la valoración de las comunidades rurales (Schejtman 1994: 74). De manera semejante el cambio tecnológico en la industria agro alimentaria ha estimulado la incorporación nuevas tecnologías, como la biotecnología que ha permitido crear plantas resistentes a factores externos negativos, incrementando tolerancia a la sequía, salinidad, frío, enfermedades etc. y a

mejorar los métodos de acopio y almacenamiento, establecimiento de bancos genéticos, y mecanismos de distribución más seguros y eficaces (Schejtman 1994: 90-101).

Por el contrario, los países del Tercer Mundo no han desarrollado verdaderas políticas de seguridad alimentaria. No ha habido apoyo a sus agricultores, la incorporación tecnológica se ha limitado a los grupos de más alta potencialidad productiva, sin asignar apoyos, ni técnicos ni económicos, a la mayoría de la población campesina mediana y pobre de los respectivos países.

III. Desarrollo histórico de la Seguridad Alimentaria en el Ecuador

3.1 Transformaciones productivo-alimentarias en la colonia

Numerosos historiadores han identificado que el sistema alimentario, y en general la producción agrícola de los pueblos aborígenes en la zona andina satisfacían las necesidades de las distintas comunidades y pueblos. Esto significó el incremento de formas agrícolas eficientes, que abastecían de alimentos a la población, la misma que a través de alianzas tribales, lazos familiares endogámicos y exogámicos, y guerras tribales determinaban formas de acceso al uso de la tierra (Estrella, 1988: 24).

Es importante reconocer que las comunidades andinas utilizaban tierras altas y bajas, que a nivel de la producción agrícola reflejaba la cosmovisión dual de los grupos prehispánicos, tal es el caso del principio de la dualidad en la organización inca. La dualidad se basa en la consideración de que el mundo está dividido en dos mitades antagónicas y adversas que se complementan y se necesitan entre sí (Rostorowski 1983: 29). Esta concepción ha influido en el ordenamiento y la utilización de los suelos, y así se encuentra la concepción dicotómica de los conjuntos de arriba (Hanan) y los de abajo (Hurin), que constituyen las tierras altas y bajas en donde desarrollan la producción agrícola.

Otro principio de la organización inca es la tripartición que se basa en el desdoblamiento de la organización dual en tres elementos (Watchel 1971: 118). Garcilazo de la Vega refiere que la tierra se dividía en tres partes que a su vez daba lugar a tres tipos de propiedad, que reflejaban el principio de la tripartición: la tierra del inca, del sol y de la comunidad. La propiedad de la tierra era colectiva y se basaba en los vínculos de parentesco implicando relaciones mutuas de ayuda (Wachtel 1971: 101-103).

Según Udo Oberem, el desarrollo y funcionamiento de las culturas dependen de las circunstancias ecológicas, y por lo tanto debe reconocerse como estas influyen en la definición de los rasgos dentro de un sistema cultural (Oberem 1981: 48). En el caso de las poblaciones de la sierra ecuatoriana se

reconoce que estaban organizadas en señoríos, integrados por varias aldeas en las que se utilizaba la misma lengua, y gobernados por el jefe de un grupo de parentesco, que gobernaba la aldea más grande e importante. Este tipo de organización influyó en la forma de acceso a los alimentos que tenían los distintos pobladores, a través de la utilización de hábitat o pisos ecológicos diferentes, sistema que Oberem ha denominado como "microverticalidad", por el cual los habitantes de un pueblo tenían tierras situadas en diferentes pisos ecológicos a los que podían llegar en un mismo día, para regresar a su lugar de residencia por la noche (Oberem 1981: 51).

John Murra reconoce otra forma de acceso a los alimentos, mediante la existencia de un sistema de archipiélago, caracterizado por islas habitadas en donde se produce un tipo de producto especial, como podría ser la producción de la sal en el caso de Salinas de Bolívar, la misma que abastecía de dicho producto a numerosas poblaciones circundantes (Oberem 1981: 54-55)

Un tercer tipo de acceso a productos provenientes de ecologías diferentes eran obtenidos por las poblaciones a través del intercambio comercial y trueque, sistema mediante el cual la relación entre el productor y el consumidor están dados por la intervención de un comerciante profesional, como es el caso de los Mindalaes (Oberem 1981: 60). Entre los productos que se intercambiaron se identifican a la sal, la coca, el algodón, la madera, canela, plantas colorantes y plantas medicinales, animales domesticados. Se refieren igualmente intercambios importantes entre zonas frías y zonas cálidas (Oberem 1981: 59).

Desde la perspectiva de producción agrícola, las poblaciones precolombinas en los Andes orientaron sus actividades principalmente a la producción de tubérculos y al maíz. Los tubérculos los producían en la altura en razón de su resistencia a las heladas al mismo tiempo que soportaban la domesticación local, en tanto que el maíz se desarrolla en un clima un poco más templado con mayor cantidad de humedad (Murra 1984: 1). Es importante recordar que el maíz era utilizado también con fines ceremoniales y de hospitalidad, el mismo que era producido en andenes o terrazas con sistemas de riego. La importancia del maíz se refleja en los calendarios ceremoniales y en los ritos. En menor proporción algunos de los productos alto andinos como son los tubérculos y principalmente la papa tiene importancia ceremonial. Sin embargo, desde el punto de vista alimenticio la papa era considerada como un alimento vulgar y su consumo era prueba de un nivel social bajo (Murra 1984: 4-5). Según Murra puede identificarse importantes diferencias biológicas, económicas y sociales en la utilización de un sistema de agricultura vertical, orientada a la producción de cultivos específicos.

Las estructuras económicas en el caso del imperio inca, diversas en el espacio y estratificadas en el tiempo, pueden caracterizarse por dos principios fundamentales, la reciprocidad comunal y la

redistribución estatal. De acuerdo a Wachtel la reciprocidad se define como la relaciones de individuos y grupos simétricos en los que los deberes económicos de unos implican los deberes de otros, en un intercambio mutuo de dones y contradones, en tanto que la redistribución estatal está constituida por la captación de productos mediante tributo a nivel del estado y su posterior repartición hacia otros grupos, lo cual supone la existencia de una jerarquía en donde interviene, por un lado el centro coordinador, y por otro, grupos locales con su representantes (Wachtel 1971: 96-97).

En cuanto a la producción, la variedad de suelos y de climas del Tahuantinsuyo fue aprovechado con el desarrollo de las técnicas agrícolas utilizadas, que incluían terrazas en las laderas, camellones en los valles, canales de riego, combinación de productos, rotación de cultivos, deshieras, etc. lo que les permitía asegurar la producción (Anónimo de 1573, citado por Echeverría y Muñoz 1988: 64). El dominio vertical de la ecología, aseguró una diversidad de recursos como maíz, quínoa, patata, oca, llamas, etc. (Wachtel 1971: 103), posibilitando el acceso comunitario a estos productos que permitieron complementar la alimentación, al igual que el desarrollo de instituciones de reciprocidad y redistribución que fueron la base de la organización socio-económica inca (Estrella 1980: 134). Estas instituciones permitieron que los individuos de una comunidad pudieran participar y tener acceso a los productos que habían llegado a su entidad política, a través de distintas vías (Oberem 1981: 63).

Es importante resaltar que la utilización de abono animal ya fue una práctica agrícola utilizada por los aborígenes (Echeverría y Muñoz 1988: 60). Adicionalmente, utilizaban diversas técnicas de conservación de los alimentos, como la deshidratación, salado, asoleo, ahumado, tostado, molido, etc. lo cual contribuyó a dar una mayor seguridad alimentaria a la familia, especialmente en las épocas de malas cosechas (Estrella 1988: 36-38). De lo que se puede concluir que el sistema precolombino aseguró el derecho a los alimentos a su población, y por lo tanto el desarrollo de sus capacidades.

Tanto es así que los cronistas identifican que a la llegada de los españoles, las personas no parecían desnutridas. "En síntesis, la estructura socio-económica de la sociedad aborígen se encargó de proteger a los individuos en tanto miembros de la comunidad; este sistema evitó el hambre en estas poblaciones, algo que no ha podido lograr integralmente nuestra actual estructura económica", escribe Estrella (1988: 41) y cita una afirmación semejante hecha por González Suárez, que dice: "...las condiciones de los pueblos, ventajosa para la salud, y su sistema de alimentación, contribuían mucho a conservarlos sanos, robustos ..." De manera semejante, Naranjo refiere que las figuras antropomórficas en piedra y cerámica de la época constituyen representaciones óptimas de seres humanos bien desarrollados (Naranjo, 1985: 30). Al tiempo de la conquista de los españoles, Pedro Cieza de León en 1545 escribió "que la gente era pacífica y había una abundancia de pan y granos", y Agustín de Zárate señala la existencia de una gran cantidad de llamas en la ciudad de Quito (Fierro y colaboradores 1969: 296).

La dieta diaria de los grupos aborígenes estaba constituida por cereales, tubérculos, leguminosas, y algo de verduras:

" Los indios ... sustentase con maíz tostado, hecho bolas y mazamorra; comen papas y unos gusanos que crían en la tierra, gruesos, que llaman cusos, y otro género de pescaditos que se crían en los ríos, que llaman choncho, y ocas, ollocos, maxuas, arracachas, zapallos, jícamas y avincas, raíces que se dan debajo de la tierra, como las papas, que se llaman turmas; y así mismo ají, que con otro que llaman chiche sabe y huele a camaroncillos; así mismo con yerbas que llaman yucas (sic por yuyos?) de diferentes maneras: unas se nombran paico, que ésta es buena para los dolores del estómago, vientre y muelas; y otras yuyoslluto, guacamullos, chimboarazo, chulco, la hoja del nabo, altramuces, frijoles, habas, albejas y quínuva, ésta es buena como arroz, para suelda (sic), y su agua para la orina" (Salomon 1980: 122-123).

El acceso a la carne y la fruta dependía de la ubicación ecológica y el intercambio, las mismas que venían a complementar la dieta. La seguridad alimentaria que tuvieron los pueblos aborígenes se vio violentada con la conquista española, la misma que produjo una transformación en el modelo productivo. El control vertical de los pisos ecológicos cambió a uno horizontal, que solamente utilizaba aquellos pisos ecológicos más productivos, se impuso una sobre explotación física, y cambios violentos de un nicho ecológico a otro (Estrella 1998: 39 - 43), que caracterizaron a la encomienda y al sistema de haciendas coloniales. Por otro lado, muchos alimentos nativos fueron remplazados por otros introducidos, como el trigo, arroz, cebada, plátano etc. En esta forma se incorporaban nuevos alimentos dentro de la producción aborígen al tiempo que la zona andina contribuía con el maíz y la papa a la alimentación mundial (Estrella 1988: 6).

La estructura productiva explotativa de la encomienda establecida durante la colonia, se mantuvo sin ninguna transformación significativa luego de la emancipación política del Ecuador de España. Por el contrario parece que las condiciones empeoraron por cuanto los terratenientes locales vincularon sus intereses particulares latifundistas al control del aparato burocrático estatal. Inclusive el establecimiento del concertaje se mantiene hasta el siglo XX, a tal punto que la venta y arriendo de la tierra incluía a los indios concertos. Es importante señalar que durante esta época los indios concertos y huasipungueros eran desplazados de sus tierras de origen, ubicándolos en diferentes regiones, lo cual tuvo un impacto negativo en el mantenimiento de las manifestaciones culturales (Mora et al 1984: 100).

De los pocos cambios importantes ocurridos luego de la independencia fue la apertura de un mercado de tierras que fue aprovechada por los propios terratenientes, al igual que la usurpación de las tierras comunales. Esta situación tuvo un impacto mayor entre los campesinos, que debieron incrementar la

oferta de su fuerza de trabajo a los centros productivos, bajo formas salariales (Vaca 1982: 40). Esta situación constituyó un factor de agravamiento, pues no aseguraba el derecho a los alimentos.

Con la revolución liberal de fines del siglo XIX, se consolidó las bases políticas e ideológicas del capitalismo ecuatoriano. La crisis agro-productora de comienzos del siglo XX, y la posterior crisis política, determinó que dichos cambios a nivel del agro serrano no fueran significativas, a tal punto que el sistema de hacienda se mantuvo sin cambios significativos hasta la Segunda Guerra Mundial. De los pocos cambios tenemos la abolición del concertaje en 1918 (Moreano 1975: 150)

La hacienda tradicional a comienzos del siglo XX sufre algunas transformaciones, referidas casi exclusivamente a innovaciones mecánicas e instrumentales menores, que no implicaron cambios en las relaciones de trabajo, pues se mantuvieron de carácter pre-capitalista. Este proceso fue posible por la penetración mercantil y la difusión de los conocimientos y técnicas alcanzadas en los países capitalistas, lo cual influyó en la generación de ingenieros agrónomos, el apareamiento de almacenes de insumos y equipos agropecuarios. Estas innovaciones únicamente determinaron una reducción del empleo de la fuerza de trabajo en algunas tareas. Así se encuentra que se utilizaba la maquinaria para la preparación de la tierra y selección de semillas, mientras que las actividades de siembra, aporque, desyerbe y cosecha utilizaban la fuerza de trabajo local. De donde se puede colegir que las innovaciones tecnológicas no desplazaron las formas tradicionales de producción (Trujillo 1986: 99-104).

Posteriormente, el uso de abonos químicos y de semillas seleccionadas influyó significativamente a transformar la hacienda pre-capitalista, que comenzó a tener auge sobre todo a partir de la Segunda Guerra Mundial.

3.2 La seguridad alimentaria entre 1960-1980

En el Ecuador, el sistema de la hacienda tradicional se mantuvo inalterado hasta después de la Segunda Guerra Mundial, cuando algunos terratenientes serranos iniciaron un proceso de modernización, el mismo que fue acelerado en la década de los sesenta con la reforma agraria y la revolución verde.

Es importante reconocer que la concentración de la propiedad de la tierra alrededor de la hacienda tradicional fue sumamente alta. Así en los años 50, se identifica que el 90% de unidades productivas agrícolas era considerado como minifundio inferiores a 10 Ha. ocupando una superficie equivalente al 16.4% de la cultivada en el país. Las unidades productivas medias de 10 a 50 Ha. constituían el 7% y ocupaban el 12% de la superficie cultivada, mientras que aquellas unidades consideradas como grandes entre 50 y 500 Ha constituían apenas el 2.3% y ocupaban una superficie del 22.8%. Los latifundios de

500 Ha o más apenas constituía el 03% de las unidades agrícolas y ocupaban el 48.8% de la superficie cultivable. Esta situación demuestra claramente la alta concentración de la tenencia de la tierra existente en la sierra ecuatoriana (Handelman, 1980: 3)

En lo que se refiere a la composición de la población agrícola en las provincias de la Sierra en el año 60, Barsky señala que el 66% eran propietarios de las tierras, un 7% eran hausipungueros un 3% arrendatarios, 5% partidarios y el 5% como comuneros agrícolas según el informe CIDA, referido por Barsky (1984: 57). La entrega de los huasipungos en la provincia de Imbabura indican que 452 fueron los beneficiarios, habiéndose asignado 1072 Ha. por un valor de S/5.386.000 (Barsky 1984: 73).

La influencia norteamericana en la conferencia de Punta del Este, Uruguay de 1962 estimuló desarrollar un proceso de modernización en los países, especialmente en las zonas rurales. Se estimularon los procesos de la reforma agraria, que en el Ecuador se inicio con el establecimiento de la ley correspondiente en el año de 1964. Se buscó modernizar las estructuras productivas tradicionales, orientándose a la actividad ganadera, que alcanzó su mayor expansión en las décadas siguientes (Urriola y Cuvi 1986: 116).

El proceso de modernización agraria se presentó en la década de los 60 como una estrategia para erradicar la pobreza y el hambre del país, en base a un incremento de la productividad y de la rentabilidad de la producción agrícola. Se adoptó la estrategia de la revolución verde con la incorporación de variedades híbridas de alto rendimiento, la incorporación de un paquete tecnológico principalmente agro químico. Esta estrategia no logró los objetivos manifestados más arriba, sino que benefició significativamente a los grupos de mayor poder económico que podían acceder a aquellos paquetes tecnológicos, mas no a los campesinos e indígenas que continúan enfrentando problemas de hambre, desnutrición y pobreza.

Si bien el proceso de la reforma agraria no produjo modificaciones sustanciales en la tenencia de la tierra si produjo cambios significativos en las relaciones de producción, en base a la incorporación de relaciones eminentemente salariales, luego de que la población indígena fuera desplazada y marginalizada de las grandes propiedades, las mismas que mantuvieron en su poder la mayor parte de las mejores tierras cultivables del país.

En la década de los 60's, la modernización agrícola estuvo orientada principalmente a transformar las haciendas tradicionales en haciendas ganaderas, lo que determino modificaciones en la orientación del uso del suelo. A finales de la década del sesenta, el 62% de la tierra con potencial productivo en la sierra ecuatoriana estuvo asignado a pastos naturales, alcanzando el 64 % en la Costa y el 85% en el Oriente (SEAN, 1989). Este sitio de sectorización productiva utilizó los mejores suelos sin contribuir

significativamente a reducir el déficit alimentario que existía en el país, por el contrario se produjo una reducción del 23 al 10 % las tierras destinadas a la producción de alimentos de consumo básico interno.

La agricultura se orientó a una explotación intensiva de los recursos, a ritmos mas rápidos que los que los ecosistemas naturales podrían restaurar, con importantes afectaciones ambientales: compactación del suelo, erosión y reducción de la biodiversidad biológica y de la circulación de los nutrientes.

La modernización agrícola, basada en los insumos agrícolas, principalmente agroquímicos determina un incremento de los costos de producción con la consecuente disminución en la rentabilidad de la producción agraria. Este proceso implicó una transferencia de excedentes de la agricultura a la industria al tiempo que pasó a depender del complejo económico y tecnológico controlado desde afuera. Tal es el caso de los plaguicidas, cuya importación ha sido significativa en las últimas décadas, lo que ha implicado una transferencia importante de recursos al exterior, en circunstancias en que ocurrían, afectaciones ambientales de gran significación, con la presencia de residuos de plaguicidas en todas las cuencas hidrográficas del país, y más grave aun en los alimentos de consumo humano cuyos valores superan los límites máximos permisibles (Suárez 1992: 44).

Dentro de este proceso modernizador, a las familias campesinas e indígenas les fueron asignadas en propiedad pequeñas parcelas generalmente ubicadas en las estribaciones de las montañas, como compensación por los derechos reclamados por los huasipungos (derecho sobre la tierra, y pagos por sobretiempo, vacaciones, pagos a la seguridad social, etc.). En esa forma los terratenientes mantuvieron los valles y zonas fértiles, en tanto que los campesinos eran desplazados aquellas zonas de escasa potencialidad agrícola más sujetas a la erosión. Los campesinos e indígenas perdieron totalmente el acceso a los recursos controlados por la hacienda, como el caso de los pastizales, recursos forestales, agua de riego.

La subsistencia familiar pasó a depender de lo que lograban producir en sus pequeñas parcelas, así como por la venta de su esfuerzo de trabajo bajo relaciones salariales. Como la mayor parte de familias campesinas la reproducción familiar se vio significativamente afectada, lo que obligó a la fuerza de trabajo a entrar en un proceso de migración hacia las grandes ciudades, con la consecuente desestructuración de la familia campesina y la incorporación de nuevos patrones culturales.

Luego de un ligero crecimiento durante la década de los 60, el sector agropecuario presenta una tendencia regresiva a pesar de los importantes recursos canalizados por el Estado, principalmente a los sectores tradicionales de exportación (Chiriboga 1985: 39). Pero el mayor descenso de la tasa de crecimiento tiene lugar en la agricultura orientada al mercado interno: con excepción de las frutas y los plátanos, todos los alimentos básicos ecuatorianos sufrieron una brusca reducción. Esta situación

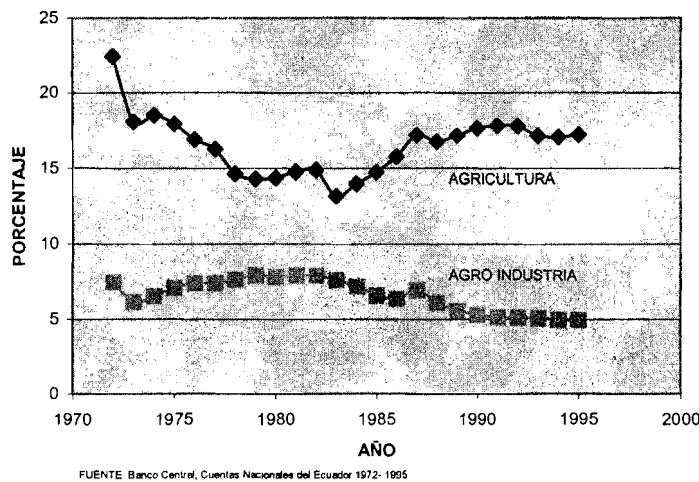
contrasta con la evolución de los productos agro industriales de exportación, pastos y producción pecuaria. (Chiriboga 1985: 41). Es importante resaltar el hecho que el incremento productivo devino de un mejoramiento tecnológico antes que de un incremento del empleo (Chiriboga 1985: 37). En lo referente a la agroindustria, las industrias pasteurizadoras privilegiaron la producción de derivados, sin posibilitar una mayor oferta de leche para toda la población (Urriola 1986: 120).

Es importante reconocer algunos cambios ocurridos en década de los 70. El Ecuador es un claro ejemplo de esos cambios generados cuando emerge el Estado como un eje de los procesos de acumulación, movilizandando tanto el ahorro nacional para la constitución de un sector productivo estatal, cuanto la administración de los ingentes recursos provenientes de la producción y exportación petrolera. Durante este periodo se incrementaron medidas proteccionistas para el desarrollo industrial de sustitución de importaciones, en base a lo cual se establecieron mecanismos de transferencia de las rentas de la agricultura hacia la industria (Kleinert 1997: 142).

En esta forma el Estado nacional pasó a planear la economía y la vida social convirtiéndose en uno de los factores de modernización de la sociedad. Sin embargo, como se había señalado esto determinó un incremento de los oligopolios, y una reducción de las libertades individuales. Si bien logró presentar indicadores económicos exitosos se produjeron grandes desigualdades sociales en base a una agudización de la concentración de la riqueza, lo cual fomentó los procesos migratorios rural-urbanos (Kleinert 1997: 98).

A partir del boom petrolero, y de la transferencia importante de recursos al sector industrial, se aprecia un incremento de la contribución de la agro-industria, en tanto que existe un decrecimiento relativo de la agricultura. Sin embargo estas tendencias se revierten a partir de 1985, cuando por efecto de la nueva crisis económica la agricultura vuelve a tomar un papel de mayor importancia, con pérdida de la importancia relativa de la agroindustria, como puede apreciarse en el gráfico siguiente.

Gráfico 1. Contribución al PIB de Agricultura y Agroindustria 1972 1995



En el Ecuador, las políticas de desarrollo están llevando al país a un colapso social y ambiental, en circunstancias en que se desarrollan los procesos de acumulación económica más alta, en los grupos económicamente poderosos del país. Contradictoriamente a lo que podría pensarse como fallas coyunturales del modelo de desarrollo, estas manifestaciones fenoménicas constituyen los resultados de un modelo de desarrollo y modernización que ha priorizado la ganancia sobre el ser humano, y sobre el equilibrio de la naturaleza

Desde la perspectiva social se han visto proceso de acumulación desigual, en donde únicamente el 10% de la población ecuatoriana muestra ingresos crecientes en las últimas dos décadas, mientras que el 90% de la población ha ido empobreciéndose, lo cual se manifiesta en una incapacidad creciente de satisfacer sus necesidades básicas.

Datos recientes reportan que el 20% de la población con mayores ingresos percibe el 54% del ingreso nacional, mientras que el 20% más pobre apenas obtiene el 4.1% de dicho ingreso, con obvias repercusiones en la satisfacción de las necesidades básicas, principalmente de los grupos de mujeres, niños y ancianos (PNUD 2001: 14).

En la década de los 70, el sector agropecuario presenta un crecimiento importante al igual que los productos con destino agro industrial, los mismos que tuvieron una tasa de incremento anual del 2.7%. Esta situación refleja una la mayor disponibilidad de superficies cultivables del país orientadas a la agroindustria, en detrimento de los cultivos de subsistencia. Por el contrario, los alimentos para

consumo interno tuvieron tendencias descendentes. Así de las 732.000 Ha. que en 1970 se destinaron a la producción de alimentos básicos, 10 años más tarde esta superficie se redujo a la mitad.

Otro sector que tuvo crecimiento es el de los cereales, que se explica por la demanda de harina para pan que caracterizó a los estratos medios durante la década de los 70. Concomitantemente el sector de producción de oleaginosas y cacao, así como el de carnes y pescados tuvieron importantes tasas de crecimientos (Chiriboga 1986: 41), en tanto que la industria azucarera tuvo un crecimiento más reducido.

Nuevos productos como la palma africana tuvieron crecimientos importantes en base a inversiones de capital significativas, particularmente en la década de los 70, cuando se acompañó del desarrollo industrial de extracción de aceite. El crecimiento fue de tal magnitud que de las 28.000 toneladas métricas de aceite producidas en 1971, estas se quintuplicaron a 1984. A partir de esa época se comienza a privilegiar el consumo de aceites y margarinas desplazando a la manteca de cerdo (Urriola y Cuvi 1986: 20 - 23). El incremento de la producción de oleaginosas tuvo un significativo apoyo por parte del estado, tanto por las leyes de fomento productivo, como por las excepciones en la importación de maquinaria, etc. (Urriola y Cuvi 1986: 23). Estos cambios en la producción han tenido efectos directos en el patrón de consumo alimentario de estos productos, como se verá más adelante.

Por el contrario, la producción de alimentos básicos para los sectores populares tendió a concentrarse principalmente en los productores pequeños y campesinos, mientras que las unidades productivas medianas y grandes se especializaron en la producción destinada a los grupos de ingresos medianos y altos, o a la exportación (Urriola 1985: 120). Estas desigualdades entre las economías modernas y campesinas incrementaron la diferenciación económica en las zonas rurales.

En resumen podríamos decir que las políticas estatales estuvieron orientadas principalmente a favorecer a la mediana y gran industria, y muy escasamente a la producción campesina. Se favoreció la producción orientada al consumo de los estratos de ingresos medios y altos, principalmente procesados industrialmente. Por el contrario el Estado ejerció presión para mantener los precios de los productos agrícolas a niveles bajos, obligando a los estratos más bajos al consumo de un número reducido de alimentos, por lo general de bajo valor nutritivo. Estas políticas obligaron a los productores campesinos a especializarse e incrementar la producción de dichos alimentos en desmedro de otros cultivos de subsistencia (Chiriboga 1985: 77).

Este proceso de desarrollo agrícola nacional influyó en el cambio de los patrones de consumo alimenticio de la población, así por ejemplo en las ciudades de la Sierra y Costa, el consumo de leche y

huevos, queso, tomate fue para los grupos de ingresos más altos. En tanto que los sectores más pobres y urbanos utilizan azúcar, arroz, trigo (Chiriboga 1985: 59 - 65).

Si consideramos el consumo de alimentos de la población, entre 1975 y 1976, el 64% de la población urbana tiene un consumo por debajo de las recomendaciones básicas; en tanto que la ingesta calórica adecuada era alcanzada solamente por una proporción muy pequeña en Quito y Guayaquil. El consumo alimentario rural popular se caracterizó por ser hipocalórico e hipoprotéico, centrado en el azúcar, arroz, banano, maíz (Chiriboga 1985: 64 - 69). De lo anterior se puede colegir que el consumo alimentario ha privilegiado un modelo urbano, principalmente orientado a los grupos medios y altos. Estos procesos continúan agudizándose durante la década de los 80. La producción agrícola se orienta para la venta, en lugar de estimular el consumo familiar. Este cambio hacia la mercantilización de los alimentos unido a los cambios en el sistema tradicional de tenencia de la tierra, la polarización de la riqueza, la migración laboral, la desestabilización de los precios, y los cambios en las relaciones recíprocas tradicionales (Dewey, 1989) ha resultado negativo para las familias rurales y campesinas.

En Latinoamérica se han producido algunos cambios en los patrones de consumo alimentario como consecuencia de la crisis de endeudamiento, de los programas de ajuste económico, de la reducción de los subsidios estatales, así como por reducciones en los ingresos familiares, por los procesos de migración urbano rural, por la terciarización de la economía y por la exposición a una publicidad comercial que prioriza patrones alimentarios extranjeros. América Latina adoptó modelos de modernización que no guardaban correspondencia con los recursos naturales de los países, produciendo desplazamiento de los patrones de consumo tradicionales por un incremento de consumo de alimentos importados (Tagle 1988: 751-752).

La desestimulación a la producción de alimentos de consumo masivo ha sido evidente en la mayor parte de países latinoamericanos, al estimular la producción de monocultivos, asociados a la revolución verde, nueva tecnología agrícola, y orientados al mercado. Tal es el caso de México y los países centro americanos en que la producción de maíz se redujo, al igual que la papa en los países andinos (Schejtman 1994: 47).

Para Latinoamérica, los cambios en el consumo de alimentos han sido importantes, aun cuando no generalizables. Entre los factores que han producido dichos cambios se han identificado a variaciones en los ingresos familiares, la migración rural-urbana, el incremento de actividades terciarias relacionadas a los alimentos y la exposición a propaganda comercial (Tagle 1988: 764). A estos factores considero importante incluir el problema de endeudamiento latinoamericano como un factor a considerar en las explicaciones de los cambios en los patrones alimentarios.

Contrariamente a lo que sucede en los países desarrollados, en América Latina se ha dado un cambio negativo sumamente grave. Hasta hace poco América Latina no solamente que era autosuficiente sino exportadora de cereales, en los momentos actuales se ha convertido en una importadora neta de los mismos (Schejtman s/f: 24), con excepción de Argentina y Uruguay.

En la mayor parte de países en desarrollo, el Estado no solo ha proporcionado incentivos a la modernización agraria, sino que ha establecido impuestos a las exportaciones de productos alimenticios, con lo cual la competitividad a nivel internacional resultaba menos favorecida (Tagle 1988: 750).

Otro factor importante que ha contribuido a la inseguridad alimentaria en los países del Tercer Mundo es el deterioro de los términos de intercambio. Por ejemplo durante la década de los 80, las explotaciones agropecuarias de Latinoamérica perdieron el 40% de su valor, lo que implica que cada vez será necesario disponer de un número mayor de unidades de materia prima para intercambiar por una unidad de producto manufacturado (Paz 1994: 143). Esto implica una sobre-explotación de los recursos naturales y humanos.

Durante la década de los 80, contradictoriamente, se inició un proceso de rápido endeudamiento. El agotamiento del modelo de industrialización por sustitución de importaciones, la crisis de la exportación petrolera, y los drásticos incrementos en las tasas de interés llevaron a una situación de crisis de endeudamiento que colocó al Estado como el protagonista de la nueva crisis. Esta situación fue aprovechada por las corrientes neoliberales para convertir al Estado en objeto de profundas críticas, y reducir su importancia económica y política (Kleinert 1997: 99).

Los cambios en la orientación de cultivos de productos para el mercado traen algunas complicaciones. Por un lado, el uso intensivo de la tierra requerido para la subsistencia de familias campesinas determina un proceso de desgaste rápido, con obvias consecuencias en la alimentación y nutrición familiar a largo plazo. De igual manera muchos cultivos orientados a la exportación no son propios del lugar y por lo tanto no se incorporan a la dieta local (Latham s/f: 86 - 89). Otro fenómeno que se produce es la elevación de los precios de la tierra por la presión y demanda que ejerce la agroindustria como es el caso de las plantaciones de flores en el Ecuador. Los campesinos corren el peligro de perder sus tierras y quedarse sin su único medio de subsistencia.

Con el desarrollo de la producción para el mercado (cash-crops), en las familias campesinas pasan a depender del dinero que obtiene por dichas ventas. Esta situación contribuye a limitar la seguridad alimentaria familiar, ya que los campesinos no pueden controlar los precios del mercado y el dinero que obtienen por la venta de sus productos es insuficiente (Latham s/f: 86).

Es importante reconocer que la mercantilización de la agricultura ha tenido lugar principalmente en aquellos alimentos básicos para la subsistencia, lo cual ha trastocado la estrecha relación de productor, medios de producción y productos, que son inseparables dentro de la economía campesina. Algunos de estos impactos se derivan de la mayor rentabilidad de la agricultura comercial, mas aquellos ingresos económicos pueden orientarse a la compra artículos suntuarios y no necesariamente a la adquisición de una dieta equilibrada.

La utilización de pesticidas, fertilizantes y demás insumos agrícolas necesarios para la producción comercial ha determinado una creciente asignación de recursos familiares para su adquisición, principalmente en aquella producción orientada a los monocultivos para el mercado, lo cual ha impactado negativamente en la diversidad productiva y nutricional de las familias campesinas (Dewey, 1989: 419).

Si se considera el impacto del ingreso económico en el consumo alimentario, el costo de la canasta familiar y el potencial adquisitivo de la población nos permite apreciar un significativo agravamiento en los últimos 20 años. Así se ha encontrado que un número significativo de familias están en menor capacidad de alcanzar la canasta básica familia, y satisfacer sus necesidades básicas. Así tenemos que al inicio de la década de los 80, el ingreso familiar promedio era de 182 dólares, lo que le permitía cubrir el 100% de la canasta familiar, que se ha reducido progresivamente hasta cubrir únicamente el 40% de dicha canasta en los momentos actuales.

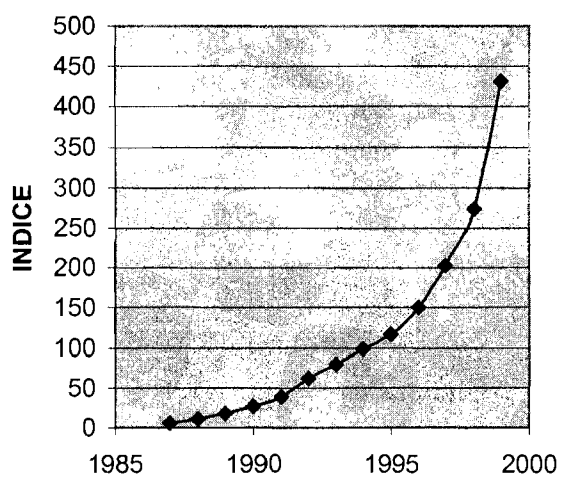
El acceso de la población a la canasta familiar está por una lado directamente relacionada a los procesos inflacionarios en el país, y por otro a los niveles de ingresos de la población. La inflación ha sido muy acelerada en las últimas décadas, como lo refleja el índice de precios de alimentos al consumidor.

Tabla 2. Acceso a la canasta familiar 1980-2000

GOBIERNOS	INGRESO FAMILIAR	COSTO DE CANASTA FAMILIAR	PORCENTAJE COBERTURA
Roldos	182	182	100
Febres Cordero	172	195	88
Borja	89	133	67
Duran	73	224	33
Bucaram	191	382	50
Alarcón	247	394	63
Mahuad	232	394	59
Noboa	79	196	40

ario Hoy, Abril 1, 2000

Gráfico 2. Índice de precios al consumidor de alimentos 1987- 1999

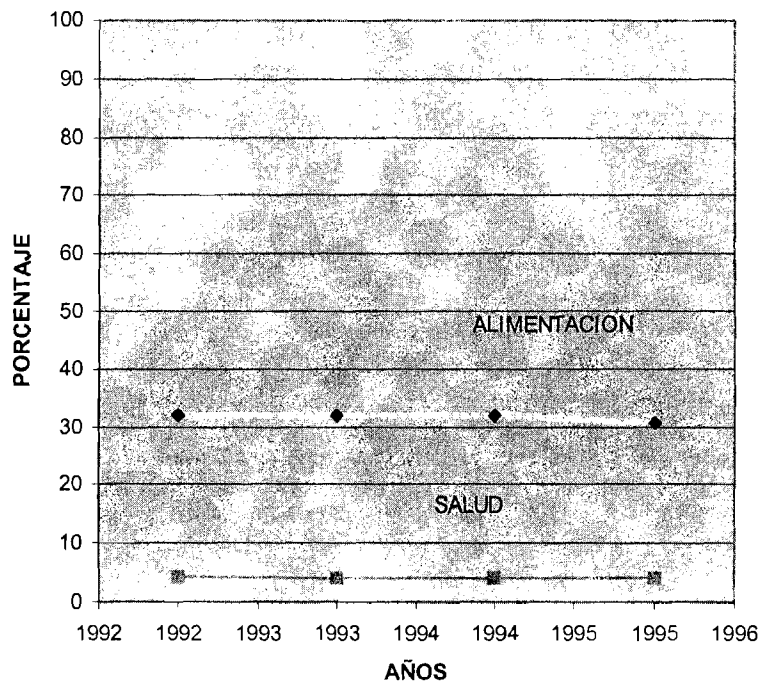


FUENTE: Banco Central, Cuentas Nacionales del Ecuador 1972- 1995

Sin embargo, es necesario reconocer que se trata de promedios que esconden la situación de grave inequidad y desigualdad de acceso a los alimentos. Aquí es importante reconocer que el ingreso por sí mismo no es un parámetro per sé para analizar los derechos de una persona, ya que sólo permite adquirir cosas, pero no garantiza el cumplimiento de los derechos mismos. Sen considera que "cuando se trata de salud, educación, equidad social y autorespeto, o de la posibilidad de vivir en sociedad sin hostigamiento alguno, el ingreso dista muchísimo de ser adecuado." (Sen 1983: 946).

En el Ecuador, además de que el acceso a la canasta familiar ha ido disminuyendo progresivamente en los últimos 20 años, los procesos de distribución se han vuelto más inequitativos, limitando a grandes grupos de la población el cumplimiento de sus derechos a la alimentación. Como se puede apreciar en el gráfico siguiente, la población tiene que asignar entre el 30 y el 40% de sus ingresos para cubrir sus gastos en alimentación.

Gráfico 3. Gasto en alimentación dentro del consumo final de hogares 1992-1995



FUENTE: Banco Central, Cuentas Nacionales del Ecuador 1972- 1995

En el estudio de Diagnóstico de la Situación Alimentaria y de Salud 1988, se identificó que la insuficiencia del consumo de alimentos en niños menores de 5 años se mantiene, a nivel nacional. Así se encontró que el 60% de los niños tenían ingestas calóricas inferiores a las recomendadas. Esta situación es aún más grave al referirnos a la población dispersa de la Sierra y de la Costa, en donde el 80% y el 66% de los niños tenían ingestas inferiores a las recomendaciones básicas (Freire 1988: 216).

Lo que demuestra que los procesos de modernización en dicho período de tiempo no contribuyeron a mejorar la situación nutricional de los niños, y consecuentemente de la población ecuatoriana. De allí que la desnutrición haya crecido significativamente en el país, a tal punto de alcanzar niveles críticos en los momentos actuales. En el Ecuador 28% de la población infantil sufre de desnutrición y la global afecta al 16% de la población. El 31% de las madres embarazadas tienen bajo peso y el 12% de niños tiene bajo peso al nacer. A nivel mundial, la deficiencia de micronutrientes, hierro, vitamina "A", yodo, fluor, devastador problema de salud pública afecta a aproximadamente a 2.000 millones de personas. El impacto negativo que causa esta "hambre oculta rebasa el deterioro biológico y produce incremento en costo y retraso económico.

Las limitaciones en el acceso a la canasta familiar, cuadro anterior, se torna más dramático si consideramos que en países como el nuestro persiste una alta morbi-mortalidad por enfermedades infecto contagiosas que no han podido ser erradicadas, como infecciones intestinales y respiratorias, malaria, dengue y leptospirosis campean en nuestro panorama epidemiológico al que se suman otras enfermedades como las crónicas y degenerativas vinculadas con la nutrición y los hábitos de vida enfermedad hipertensiva, cerebrovascular, isquémica de corazón, diabetes mellitus, acompañadas de la obesidad, ya se encuentran presentes dentro de las diez primeras causas de muerte en nuestro país.

3.3 Ecuador en la globalización de los 90

La política económica ecuatoriana de los últimos 30 años, como se señaló en la sección anterior, se basó principalmente en la industrialización de sustitución de importaciones, estableciendo un modelo de desarrollo discriminatorio en contra de la agricultura y el sector rural (Whitaker 1996: 37).

Sobre todo en la última década, la mayor parte de países latinoamericanos desarrollaron procesos de ajuste, principalmente en la relación entre el Estado y la sociedad en su conjunto, en base a la implantación de una serie de reformas institucionales que redefinieron la estructura del Estado. Entre algunas de estas reformas se encuentran la liberación de los mercados y del comercio exterior, la flexibilización de las relaciones de trabajo, la privatización de las empresas estatales, la descentralización de la administración pública y del proceso político (Van Haldenwang 1997:35).

Hacia finales de la década de los ochenta, la política de desarrollo del Ecuador se enmarca progresivamente en concepciones neoliberales, que priorizaron la organización de la sociedad en el libre mercado, reduciendo progresivamente el papel del Estado (Stiglitz, 1998: 4). Progresivamente se ha vinculado a los proceso de globalización, facilitando la libre circulación de bienes y servicios, creando mercados y espacios que trascienden las fronteras, con la consecuente internacionalización de la

producción, de las finanzas y del intercambio comercial (Acosta 1997: 26). Este proceso de globalización ha reemplazado la mano de obra local por nuevas tecnologías importadas (Acosta 1997: 32-33).

Esta situación no es única del Ecuador, sino que se trata de un proceso más general, que ha afectado a nivel latinoamericano las características de consumo de alimentos, con decrecimientos importantes con relación a la década anterior.

Tabla 1. Latin American and the Caribbean selected economic and social data

FOOD CONSUMPTION

	Kilocalories Per Capita/ Day					Protein Grams Per Capita/Day			Fat Grams Per Capita/Day		
	As a % of Need					1980-82	1990-92	% change	1980-82	1990-92	% change
	1980-82	1990-92	% change	1980-82	1990-92						
Caribbean											
Bahamas	2622	2649	1.0	114.0	115.2	74.9	79.6	6.3	84.8	86.6	2.1
Barbados	3093	3218	4.1	134.5	139.9	88.4	95.5	8.1	100.7	116.3	15.4
Belize	2712	2583	-4.8	117.9	112.3	68.2	65.1	-4.5	73.7	71.1	-3.6
Bennuda	3054	2691	-11.9	132.8	117.0	106.3	92.2	-13.2	133.8	120.0	-10.3
Cuba	3041	3003	-1.2	132.2	130.61	73.9	66.11	-10.5	80.91	77.1	-4.6
Dominica	2315	28481	23.0	100.7	123.8	58.3	72.0	23.4	59.3	77.0	29.9
Dominican Rgp	2279	2273	-0.3	99.1	98.8	49.4	50.0	1.4	58.0	64.6	11.3
Grenada	2292	2424	5.8	99.7	105.4	62.0	66.4	7.2	72.2	69.0	-4.5
Haiti	2052	1738	-15.3	89.2	75.61	48.0	41.01	-14.6	35.21	25.9	-26.4
Jamaica	2620	25811	-1.5	113.9	112.2	63.4	63.9	0.8	63.2	63.8	0.9
Martinique	2604	2700	3.7	113.2	117.4	82.8	84.8	2.3	65.6	82.9	26.4
Trinidad & Tobago	3019	2633	-12.8	131.2	114.5	81.3	62.9	-22.7	77.7	71.8	-7.6
Central America											
Costa Rica	2596	2870	10.6	112.9	124.8	62.4	69.11	10.7	64.81	78.3	20.9
El Salvador	2337	2526	8.1	101.6	109.81	56.3	61.81	9.7	50.1	57.6	14.9
Guatemala	2265	2282	0.7	98.5	99.21	56.2	57.5	2.4	42.2	42.0	-0.5
Honduras	2070	2307	11.4	90.0	100.31	50.3	56.0	11.3	43.5	60.9	40.1
Nicaragua	2321	22901	-1.4	100.9	99.6	60.4	55.2	-8.7	47.5	51.6	8.8
Panama	2347	2238	-4.6	102	97.3	59.7	58.9	-1.5	68.91	64.9	-5.9
South America											
Argentina	3172	2948	-7.1	137.9	128.2	104.8	97.1	-7.3	113.5	102.9	-9.3
Bolivia	2029	2031	0.1	88.2	88.3	52.6	51.9	-1.5	51.5	51.3	-0.4
Brazil	2659	27911	5.0	115.6	121.4	59.9	64.3	7.3	67.5	82.4	22.0
Chile	2640	25351	-4.0	114.8	110.2	71.4	70.2	-1.7	59.5	64.7	8.61
Colombia	2489	26321	5.8	108.2	114.4	53.7	59.51	10.8	51.5	61.5	19.3
Ecuador	2339	25391	8.5	101.7	110.4	48.1	52.1	8.4	61.7	89.8	45.5
French Guiana	2532	2885	13.9	110.1	125.4	81.7	107.8	31.9	76.4	98.3	28.8
Guyana	2547	2350	-7.7	110.7	102.2	63.5	64.3	1.2	50.8	36.6	-27.9
Paraguay	2711	2618	-3.4	117.9	113.8	75.3	67.6	-10.2	81.5	91.4	12.2
Peru	2092	1881	-10.1	90.9	81.8	54.8	50.01	-8.6	38.2	33.9	-11.3
Suriname	2469	2512	1.7	107.4	109.2	62.9	62.8	-0.2	51.9	57.5	10.9
Uruguay	2814	2684	-4.6	122.4	116.7	84.7	82.6	-2.4	102.5	96.4	-6
Venezuela	2692	2586	-3.19	117.1	112.4	70.4	64.7	-8.1	78.2	75.1	-4.01
México	3260	3190	-2.1	141.8	138.71	87.1	80.4	-7.6	88.1	94.0	6.7
Latin America	2550	2557	0.7	110.91	111.21	68.41	69.31	2.2	69.6	73.7	6.91

SOURCE: FAO, AGROSTAT PC

En la mayor parte de países latinoamericanos, la crisis agraria determinó una migración rural-urbana importante, por lo que un número menor de campesinos deben producir los alimentos para abastecer a la creciente población, y cuando esto no se logra, los gobiernos deben recurrir a la importación de alimentos. Por otro lado, la población marginal urbana pasa a depender totalmente de alimentos adquiridos en los mercados, cuyos precios no pueden ser totalmente satisfechos con los ingresos bajos (Tagle 1988: 754). Toda esta situación contribuye a reducir la seguridad alimentaria.

Otros factores que se deben tomar en cuenta en Latinoamérica es la presencia de violencia y terrorismo, los mismos que han contribuido no solamente a crear una inseguridad alimentaria sino una inseguridad total en toda la población. De igual manera la producción y comercio ilícito de drogas han distorsionado la economía en tal forma que resulta más atractivo la producción de plantas psicotrópicas, que generan empleo mejor remunerado, antes que la producción agrícola de alimentos de consumo masivo; adicionalmente este proceso ha afectado significativamente la disponibilidad de fuerza de trabajo para las actividades agrarias (Paz 1994: 131).

En los países latinoamericanos, las políticas de corte populista han creado relaciones clientelares que han dificultado el establecimiento de políticas de desarrollo a largo plazo. Estas políticas populistas responden a intereses particulares y/o a la corrupción. A esta situación se ha añadido la influencia de las políticas liberales internacionales que han limitado al Estado a cumplir con funciones de crédito, asistencia técnica y sanidad agropecuaria (Paz 1994: 136-137).

El Ecuador, al igual que otros países subdesarrollados, fueron transformando sus economías primarias exportadoras hacia una explotación creciente de sus recursos naturales entre los que encontramos el petróleo, la madera, otros productos agrícola, etc., y nuevos productos de exportación como el camarón y flores, lo que ha significado una reprimarización de la economía, luego de un período de desarrollo industrial de sustitución de importaciones. Lamentablemente este proceso se basó en una economía de enclave, que desnacionaliza las líneas básicas de producción y agudiza las tendencias concentradoras de la riqueza (Acosta 1997:35).

En el caso ecuatoriano este proceso de globalización ha incrementado las desigualdades sociales y económicas existentes, siendo favorable únicamente para aquellos grupos directamente vinculados a estas nuevas relaciones económicas internacionales, en tanto que el resto de la población ha quedado marginado, excluido, y condenada a un proceso de empobrecimiento progresivo. Este proceso desigual ha contribuido a una expansión y modernización de los sectores exportadores, en forma mucho más rápida que otros sectores de la población ecuatoriana.

El Estado ecuatoriano se debilitó por las políticas internacionales de desarrollo, cuya capacidad de gestión se ha visto mediatizada por el poder de las grandes empresas transnacionales, las mismas que han definido el actual proceso de transnacionalización de la economía (Acosta 1997: 48). El Estado perdió su capacidad de promover el desarrollo nacional, y más bien se convirtió en un garante y facilitador de la globalización.

Frente a la debilidad del Estado, los grupos económicamente dominantes, principalmente vinculados a los procesos agroexportadores y al capital financiero internacional, pasaron a jugar un papel preponderante en la definición en las políticas económicas nacionales, en función de sus propios intereses. Este proceso globalizador fue altamente beneficioso para los pequeños grupos económicamente poderosos del país, que afincaron su poder económico y político, frente a un Estado debilitado. Contradictoriamente la mayor parte de la población ecuatoriana, principalmente aquella ubicada en la zona rural y marginada de los procesos globalizantes, ha visto deteriorarse sus alternativas productivas, así como sus condiciones de vida.

Es importante recordar que las políticas macro económicas desarrollaron mercados financieros altamente subsidiados dirigidos principalmente hacia la industria y los sectores urbanos, mientras que los agricultores, especialmente los agricultores pobres, fueron relegados de los créditos oficiales (Whitaker 1996: 39 y 40).

Durante la década de los 90 se continuó con procesos de discriminación hacia la agricultura, que discentivaron las exportaciones agrícolas. De igual manera las importaciones agrícolas estuvieron sujetas a barreras arancelarias, supuestamente con el interés de proteger a los productores domésticos e incentivar la producción de los alimentos de consumo masivos. Durante este período, el gobierno mantuvo algunos precios subsidiados para el petróleo, la electricidad, fertilizantes, semillas etc. Sin embargo el gobierno mantuvo un riguroso control de los precios de los productos alimenticios, al tiempo que manipuló los mercados a través del ENAC, en la compra y almacenamiento de granos, así como del ENPROVIT en la comercialización minorista (Chiriboga 1985: 77)

El gobierno ecuatoriano desarrolló sistemas de riego, altamente subsidiados, con lo cual se garantizaba el agua de riego para los grandes propietarios, mientras que se discentivó invasiones de tierra rurales. El Estado pasó a manejar los recursos naturales renovables como son los recursos hídricos, manglares y la mayoría de áreas selvícolas, que fueron declarados patrimonios públicos (Whitaker 1996: 40-43).

Durante este período la agricultura enfrentó varias restricciones. Por un lado, las políticas económicas mantuvieron deprimidos artificialmente los precios de los productos agrícolas, lo que determinó una extracción de los recursos de la población rural, en un intento por controlar la inflación, lo cual

constituyó una extracción de riquezas rurales, convirtiéndolas en subsidios importantes para el desarrollo del sector industrial (Whitaker 1996: 44).

Otro factor importante de restricción de desarrollo agrícola fue la escasa estimulación y apoyo a los procesos de investigación, educación y extensión agrícola, con escaso nivel de inversión en capital humano, todo lo cual repercutió en el bajo nivel científico de los profesionales vinculados al sector, en la insuficiencia de información sobre la realidad nacional, y una limitada capacidad para el análisis de las políticas. Los sistemas de registro fueron notoriamente pobres, debilidades que repercutían en la falta de una planificación adecuada para el sector agrario (Whitaker 1996: 45-47).

Como consecuencia de estas políticas discriminatorias hacia la agricultura, se puede apreciar una degradación de los recursos naturales, como la erosión del suelo, muy difundida y acelerada especialmente en la sierra; la destrucción de las cuencas hidrográficas; la afectación de proyectos de riego, bosques tropicales, manglares, y los graves problemas de contaminación, asociados con el uso de pesticidas (Whitaker 1996: 48).

Las repercusiones en la productividad agrícola fueron sumamente graves, a tal punto que el rendimiento en la producción de cereales fue un 47% más bajo que otros países sudamericanos, igual cosa con el rendimiento de la soya, la leche y huevos (60% más bajo que otros países). Esta reducción en la producción estuvo relacionado con el agotamiento de la frontera agraria y la tendencia al uso de los recursos naturales renovables como los principales insumos de producción (Whitaker 1996: 56). A comienzos de los 90, el Ecuador tuvo un crecimiento promedio anual un 3.2%, superior al de la agricultura que únicamente alcanzó al 2.9, a pesar de lo cual tuvo un desempeño adecuado hasta 1995, con tasas de crecimiento superiores al crecimiento poblacional. En general todos los sectores de la agricultura crecieron durante este período, aún cuando fueron mayores para aquellos alimentos vinculados a las exportaciones tradicionales, seguidos por la ganadería principalmente (Whitaker 1996: 60). Es importante resaltar el hecho que la agricultura vinculaba a un importante sector de la fuerza de trabajo ecuatoriana. En 1994 un 38% estuvo vinculada a éste subsector, aun cuando su participación en la producción fue únicamente del 12% (Whitaker 1996: 58). Sin embargo, contradictoriamente durante este período de tiempo se incrementó dramáticamente la importación de los alimentos, especialmente los procesados, lo que repercutió negativamente en el desarrollo agrícola nacional. Por otro lado se estimularon exportaciones de productos no tradicionales, el caso de las flores, frutas y vegetales frescos, cuyo volumen de exportación se ha incrementado significativamente desde 1998. Todos estos componentes han determinado un rápido crecimiento del sector exportador, lo cual refleja la apertura de la economía ecuatoriana a un proceso de globalización (Whitaker 1996: 66).0

Durante la década de los 90 se desarrollaron profundas críticas al papel del Estado acusándolo de no haber posibilitado un desarrollo tecnológico y haber designado servicios públicos a actividades improductivas e ineficientes, con franco proceso discriminatorio a la participación privada. Como corolario de aquellas críticas, se sugería un libre funcionamiento de mercado que favorecería la modernización del aparato productivo (Borja: 194-198).

Las consecuencias sociales de todo este proceso de desarrollo han sido negativos en lo referente a la distribución del ingreso para los distintos grupos poblacionales. Contradictoriamente únicamente el 10% más rico de la población ha visto incrementar sus riquezas. Así por ejemplo la diferencia entre el 5% más rico y el 5% más pobre alcanzó a 17 veces, la pobreza se incrementó en un 56% en 1995, siendo mayor en el campo que en las ciudades. Esta inequidad no es ninguna novedad, pues el crecimiento económico no se ha caracterizado por un mejoramiento de los procesos distributivos. Por otro lado la incorporación tecnológica intensiva determinó impactos negativos en el empleo.

En los momentos actuales, el Ecuador al igual que la mayoría de los países latinoamericanos se encuentra sumido en una de las crisis más profundas de este siglo. Esta crisis no solamente ha afectado a la base productiva del país, en base a un deterioro del medio ambiente, de las condiciones generales de vida de la población, de la democracia representativa y de los perfiles nutricionales, todo lo cual constituye evidencia de las contradicciones del modelo seguido. Esta situación no obedece a fallas coyunturales sino que son las lógicas consecuencias del modelo de desarrollo implementado en el país (Suárez y López 1997: 83).

El modelo de desarrollo implementado en el país ha ido empujando a la estructura productiva hasta los mismos límites que las relaciones sociales lo permiten, con el establecimiento de extremos de explotación enfermedad pobreza y muerte, así como a la destrucción de los recursos económicos potenciales, afectando la sostenibilidad de la sociedad ecuatoriana en el futuro. De allí que debemos concluir que los problemas de escasez de recursos, y dentro de ellos los alimentos, no son inherentes a la naturaleza sino que son determinados por la propia estructura social como por los procesos de desarrollo implementados, y en consecuencia por los propios determinantes de la actividad social (Marini, 1994: 99; Esteva 1992).